

Un texto donde, de a poco, todo se vaya mezclando y que suceda en mi habitación. En la habitación del hotel donde yo mismo voy practicando mi conferencia. Donde voy contando mis encuentros con Igor. Donde voy conviviendo con las huellas del desguartizamiento que poco a poco se va empezando a dilucidar. Una pieza que lentamente empieza a reconstruir la escena del crimen» (21). Asistimos al momento en que se imagina y se resume el relato. Pero dentro del relato, al que estamos ya asistiendo. La obra se mira, casi literalmente, en el espejo.

Cuánto envidio al lector que se dispone a leer *La ira de Narciso* por primera vez. A caer en todas sus trampas. A dejarse llevar por las sorpresas y la emoción de sus peripicias. Olvide todo lo leído hasta aquí. Y recuerde solo que se adentra en una obra grande, casi perfecta. Que tiene algo de *Edipo Rey*, el mejor argumento que se haya escrito o representado nunca. Algo de esa circularidad del justiciero que, empeñado en investigar un crimen, descubre al final que el asesino es él mismo. Pero que en este caso, con una vuelta de tuerca más, no es precisamente el asesino. No puedo decir más.

La ira de Narciso es la manifestación más acabada e inteligente que conozco de esa modalidad novedosa y genuinamente teatral que hemos dado en llamar autoficción dramática. Vale.

La ira de Narciso

Sergio Blanco



Durante el mes de mayo del 2014 me encontré dando una conferencia sobre el mito de Narciso en la Universidad de Liubliana en Eslovenia, dentro del marco de un encuentro internacional europeo en torno al tema de El mito y la mirada. Durante los días que duró el congreso, nació la idea de este texto a partir de una mancha de sangre que descubrí en la moquette de la habitación de mi hotel. El último día que estuve en esa extraordinaria ciudad, escribí un correo a las dos personas que me habían acompañado en esa estadia eslovena, mis entrañables amigos españoles Sonsoles Herreros Laviña y José Luis García Barrientos, en el cual les contaba la idea de la pieza que se me acababa de ocurrir. Al mes siguiente en una estadia profesional de diez días en La Habana empecé y terminé la escritura de este texto. Cada mañana lo iba escribiendo en mi hotel y a la tarde le iba contando las escenas a mi amigo e inmenso dramaturgo cubano Abel González Melo, quien venía a buscarme para llevarme al seminario que estaba dictando en la Universidad de La Habana.

A ellos tres, que asistieron al origen de este texto, se lo dedico con toda mi admiración, mi amor y mi agradecimiento. A ellos tres, Sonsoles, José Luis y Abel, vayan estas palabras escritas desde el desasosiego y desgarró más profundos.

Y a Gabriel, por supuesto, a Gabriel Calderón, mi amigo, mi hermano, mi otro yo.

*O poeta é um fingidor
Finge tão completamente
Que chega a fingir que é dor
A dor que deveras sente.*

Fernando Pessoa "Autopsicografia"

La ira de Narciso fue estrenada el 7 de agosto de 2015 en la sala Hugo Balzo del Auditorio Nacional del SODRE, Montevideo, Uruguay

Texto dramático y dirección

Sergio Blanco

Interpretación

Gabriel Calderón

Video arte

Miguel Grompone

Escenografía, vestuario y luces

Laura Leifert

Sebastián Marrero

Especio sonoro

Fernando Tato Castro

Preparación vocal

Sara Sabah

Asistente de dirección

Inés Cruces

PERSONAJES

SERGIO BLANCO

GABRIEL CALDERÓN

Toda la pieza transcurre en la habitación 228 del City River Hotel que se encuentra en la ciudad de Liubliana. O quizá transcurra en los bosques de álamos de Tívoli. O quizás en algún otro lugar.

La ira de Narciso

PRÓLOGO

Hola a todos. Buenas noches. Espero que estén bien. Gracias por estar acá. Muchas gracias.

Antes de empezar quisiera dejar una cosa en claro, yo no soy Sergio Blanco. Mi nombre es Gabriel. Gabriel Calderón. Es decir que esto que ustedes están viendo no es Sergio Blanco. O, mejor dicho, este que está aquí no es Sergio Blanco sino Gabriel Calderón. Yo voy a hacer todo lo posible para parecerme a él. Para ser él. Bueno, no precisamente él, Sergio, sino su personaje, es decir, el personaje de Sergio. Voy a hacer entonces el esfuerzo de ser él y les ruego a todos ustedes que también hagan el esfuerzo de creer que soy él.

Una mañana del mes de mayo del 2014 recibí una llamada telefónica de Sergio. Me llamaba desde Liubliana. Esa fue la primera vez que me habló de este proyecto. La conversación fue muy breve. Antes de cortar me dijo que me iba a mandar un mail en donde me iba a dar más detalles. A las dos horas encendí mi computadora y tenía un mail de Sergio. Lo abrí con el placer que siempre me daba recibir un correo suyo. En

él Sergio me invitaba a participar en esta obra. Era imposible decir que no. Y fue así como empezó toda esta historia.

Tengo el mail acá y me gustaría leérselos.

Querido, como te conté recién al teléfono estoy en Liubliana. Vine para dar una conferencia sobre Narciso en la Facultad de Filología. La ciudad es hermosa y los hombres una maravilla. En fin, te mando estas líneas porque estoy escribiendo un nuevo texto que me está inspirando esta ciudad. Es un relato. Y lo voy a escribir para vos. No sé. Me gustaría que lo representaras. Que lo interpretaras. Que lo hicieras. Todo salvo actuarlo. Te propongo hacerlo el año que viene. Yo lo dirijo. Lo estrenamos en Montevideo y luego lo giramos. Minutti no deja de pedirme que le proponga algo para el 2015. Por favor decime que sí. Si me decís que no, dejo de escribir ahora mismo este texto y entonces mi vida, serás el responsable de su no-escritura. Mil besos por todas partes. Yo, Sergio.

1

Todo esto sucedió en efecto hace un tiempo atrás.

Recién Gabriel les aclaró una cosa y a mí me gustaría aclararles una segunda cosa antes de empezar. Esto no es un monólogo. No es un unipersonal. No es un soliloquio. Es un relato. Y como todo relato va a ir avanzando progresivamente durante una hora y media. Así que les voy a pedir paciencia y que se entreguen al juego de la progresión que no siempre es dramática sino muchas veces narrativa.

Bien, ahora sí podemos empezar.

Como les decía, todo esto sucedió hace un tiempo atrás. La Facultad de Filología de la Universidad de Liubliana me había invitado a mí, a Sergio, a dar una conferencia en un simposio internacional dedicado al tema del mito y la mirada.

Ni bien llegué al aeropuerto, era un lunes al mediodía, me llevaron al hotel en donde estaría alojado durante toda la semana. El nombre del hotel era City River Hotel y la habitación que me habían dado era la 228.

El cuarto era este que está aquí. Este mismo.

Ni bien entré sentí algo extraño, pero en ese momento no me di cuenta de qué era.

Luego hice lo que siempre hago cuando llego a un hotel en donde voy a estar varios días. Me puse a desarmar mi

¿Por qué no?

Al cabo de cinco minutos nos pusimos de acuerdo y fijamos una cita en el hotel. Era lo más práctico para mí.

valija. Acondicioné mi escritorio. Conecté mis computadoras y puse las claves Wi-Fi en todos mis aparatos para activar la conexión.

Después me desvestí, me di una ducha, me tiré sobre la cama y me conecté a una aplicación de encuentro para ver si podía hacer venir a alguien que tuviera tantas ganas de sexo como yo.

Había varios hombres conectados, pero en particular había uno que me interesó. Tenía treinta y cinco años y estaba a trescientos metros del hotel. Le mandé un mensaje.

Hey!

Enseguida me contestó con otro mensaje.

Sex now?

Why not?

Nos hicimos varias preguntas y después empezamos a mandarnos varias fotos. De frente. De cara. De torso. De espaldas.

¿Límites?

Ninguno.

¿Drogas?

valija. Acondicioné mi escritorio. Conecté mis computadoras y puse las claves Wi-Fi en todos mis aparatos para activar la conexión.

Después me desvestí, me di una ducha, me tiré sobre la cama y me conecté a una aplicación de encuentro para ver si podía hacer venir a alguien que tuviera tantas ganas de sexo como yo.

Había varios hombres conectados, pero en particular había uno que me interesó. Tenía treinta y cinco años y estaba a trescientos metros del hotel. Le mandé un mensaje.

Hey!

Enseguida me contestó con otro mensaje.

Sex now?

Why not?

Nos hicimos varias preguntas y después empezamos a mandarnos varias fotos. De frente. De cara. De torso. De espaldas.

¿Límites?

Ninguno.

¿Drogas?

¿Por qué no?

Al cabo de cinco minutos nos pusimos de acuerdo y fijamos una cita en el hotel. Era lo más práctico para mí.

2

Treinta minutos después estaba golpeando la puerta de mi habitación.

Era mucho más hermoso que en la foto. Lo hice pasar y ahí mismo empezamos a hacerlo. Nos desvestimos y lo hicimos durante toda la tarde. Acabamos y recomenzamos varias veces.

Era la primera vez que estaba con un esloveno. Se llamaba Igor y vivía en las afueras de Liubliana. Eso fue todo lo que me había dicho aquella primera vez. Hablaba un poco de español.

Después, cuando nos duchamos juntos, me preguntó a qué me dedicaba y entonces me pasó lo que me pasa siempre cuando me hacen esta pregunta, no supe qué responder.

¿Nos volvemos a ver?, me preguntó antes de irse.

Nos hablamos, le contesté. Voy a estar toda esta semana.

Puedo quedarme un poco más, me propuso mientras lo acompañaba hasta la puerta del cuarto.

Prefiero que no, le dije. Ya son las nueve de la noche y mañana empiezo a las seis de la mañana.

¿Tan temprano?

Sí. Salgo a correr.

¿Todas las mañanas?

Todas las mañanas. Ahora tengo que acostarme.

Luego que se fue, consulté mis correos, me tomé mi antidepresivo y me tiré en la cama a ver un documental de la National Geographic sobre la extinción del tigre de Bengala hasta que a los pocos minutos terminé por quedarme dormido.

3

De repente, a eso de las dos de la mañana me desperté y volví a tener el mismo sentimiento de extrañeza que había tenido cuando había entrado a la habitación. Encendí la luz, miré la hora, vi que eran las dos y cinco de la mañana y fue ahí que de golpe la vi.

Era una mancha. Una mancha roja y oscura en la moquette. Estaba cerca de la cama. Ahí. Acá. Acá mismo. Era una mancha de sangre.

Me levanté de la cama y me acerqué un poco más para verla mejor.

Era una mancha de sangre seca. Ya tenía algún tiempo.

De golpe, me di cuenta de que justo al lado había otra mancha. Un poco más pequeña pero también se trataba de una mancha de sangre. Y cuando me acerqué para verla de más cerca, noté que justo al lado había otras más. Fue ahí que corrí la cama y que pude ver que debajo había muchas más manchas. Muchísimas. Todas tenían el mismo color. Una especie de rojo oscuro. Al principio sentí un poco de asco, pero poco a poco el asco fue siendo reemplazado por cierta inquietud.

¿De qué serían esas manchas?

Volví a correr la cama a su lugar, me vestí con lo primero que encontré y bajé a la recepción para pedirles que por favor me cambiaran de habitación.

¿Le sucede algo?, me preguntaron.

No quise dar explicaciones ni entrar en detalles.

Es una habitación muy ruidosa, se escuchan los ruidos de la calle y no puedo dormir, fue lo que les dije.

Me explicaron que en ese momento no podían hacer nada. Que el hotel estaba lleno. Pero que iban a tratar de cambiarme de habitación al día siguiente.

Les pedí por favor que lo hicieran ni bien pudieran.

Luego regresé al cuarto, pero fue imposible volver a dormirme. No podía dejar de pensar en aquellas manchas.

¿Por qué estaban ahí? ¿Qué había pasado?

Finalmente, a las tres de la mañana decidí tomarme un somnífero y poco a poco fui entrando en un sueño profundo.

Al otro día de mañana, antes de salir a hacer mi footing, pasé por la recepción y les recordé el cambio de habitación. Me dijeron que iban a hacer todo lo posible pero que no me prometían nada. El hotel estaba completo, entre otras cosas a raíz del congreso al cual había venido a participar.

A las seis y diez salí a correr durante unos cuarenta y cinco minutos.

La ciudad a esa hora estaba completamente vacía. Fui hasta los jardines de Tívoli que era el lugar que me habían recomendado en la recepción, y de allí subí por uno de los senderos hasta los bosques de álamos.

Era el mes de mayo. Plena primavera. A lo lejos se alcanzaba a ver los Alpes cubiertos de nieve.

Mientras corría fui diciendo mi conferencia. Fui tratando de recordarla. De ordenarla. De medir los tiempos.

Había decidido hablar sobre la mirada en el mito de Narciso y el título que le había puesto era *La mirada poética en Narciso: la transformación de lo real...* Pero no quiero adelantarme. No nos adelantemos. Después les prometo que voy a volver a este tema. Ahora regresemos al relato.

A los cuarenta y cinco minutos regresé al hotel y, después de darme una ducha bien caliente, bajé a desayunar con algunos de mis colegas de otras universidades europeas que acababan de llegar.

Todos comentaban lo mismo, lo agradable que era aquella ciudad. Y era cierto. La ciudad era una maravilla. Y también todos comentaban la generosidad de los eslovenos. Y después por supuesto que llegó la hora de comentar lo bella que era la lengua. Y seguramente algunos minutos después se pasaría a hablar de lo deliciosa que era la comida local.

En ese tipo de congresos fuera del ámbito técnico de las conferencias, en donde cada uno desplegaba con una falsa humildad sus conocimientos de última hora para impresionar al resto de sus colegas, siempre se hablaba de las mismas banalidades desprovistas de todo interés. Todos estaban dispuestos a hablar de la belleza de las calles de Liubliana, pero nadie se atrevía a comentar el avance de la extrema derecha en las elecciones europeas que habían tenido lugar unos días antes. Poco a poco toda Europa mandaba a su parlamento partidos integrados por neonazis, racistas, antisemitas, islamófobos y homófobos, pero de eso era mejor no hablar en ese tipo de encuentros académicos.

Las cenizas de Auschwitz no estaban apagadas del todo y Europa ya volvía a reavivar las llamas.

Pero sobre eso nadie comentaba nada. De eso era mejor no hablar.

6

Después del desayuno la mayoría de los colegas habían decidido irse a recorrer la ciudad. Yo preferí quedarme en el hotel para responder a algunos mails y hacer algunas correcciones a mi conferencia. Además, no me gustaba visitar ciudades acompañado. Con la única persona que me gustaba hacerlo era con mi madre. Con nadie más.

Cuando todos se fueron, subí a mi habitación y, ni bien entré, pude ver de nuevo las manchas de sangre. De día eran todavía más inquietantes que de noche. La luz de la mañana las volvía más presentes. Más rojas.

Lentamente acerqué una de mis manos a las manchas e hice lo que no me había animado a hacer la noche anterior, las toqué. Así. Como si necesitara verificar que no estaban húmedas. Que estaban secas.

Era evidente que alguien había tratado de lavarlas pero que no habían salido del todo.

De golpe me di cuenta de que en una de las paredes también había algunas manchas. El color era un poco dis-tinto, un poco más tenue, pero se trataba del mismo tipo de mancha de sangre que alguien había intentado hacer desaparecer.

Traté de trabajar un poco, pero me costaba concentrarme.

Me conecté a algunas páginas porno, generalmente dos o tres escenas de veinte minutos me alcanzaban para acabar, pero tampoco logré concentrarme.

Finalmente decidí salir a dar una vuelta. Necesitaba despejarme. Un poco de aire fresco me iba a hacer bien.

Entonces decidí ir al Museo de Historia Natural. Era

el único museo de la ciudad que tenía interés en conocer. Según lo que había leído, era ahí que se encontraba el esqueleto de mamut más antiguo que se había hallado en Europa.

7

El museo era una maravilla. Y lo mejor de todo es que estaba completamente vacío. En los últimos años ya casi nadie visitaba los museos de Historia Natural. Y era entendible. En los tiempos que corrían no había nada más obsoleto que un museo de Historia Natural. ¿Para qué desplazarse a ver vitrinas de fósiles, de pájaros embalsamados y de esqueletos de anfibios, cuando por Internet era posible tener a domicilio excelentes animaciones que mostraban todo eso y de mejor forma? Era posible que en unos años ese tipo de museos desaparecieran por completo. Finalmente, los propios museos de Historia Natural se iban transformando cada vez más en fósiles de sí mismos.

Después de ponerme mis auriculares y de elegir una de las "Suites para violonchelo" de Bach, empecé a recorrer tranquilamente las salas.

De a poco fui visitando varios espacios inmensos y repletos de reptiles, de peces embalsamados, de caparzones de tortugas gigantes, de miles de mariposas expuestas en vitrinas polvorientas y de cientos de esqueletos de simios, ballenas y pelícanos.

Y entonces poco a poco lo fui recorriendo hasta que finalmente llegué a la sala en donde se encontraba el famoso esqueleto del mamut.

Era inmenso. Hermoso. Una estructura de cientos de huecos elegantes que lo hacía erguirse en medio de la sala como si

8

Cuando salí del museo me di cuenta de que tenía hambre y, ante la pereza de tener que elegir un restaurante y sobre todo de tener que lidiar con las explicaciones lingüísticas e incomprensibles de una gastronomía que me era absolutamente desconocida, preferí ir a comer a un McDonald's que estaba enfrente.

Era lo más simple, rápido y eficaz. Con solo tres gestos era suficiente para tener dos minutos después una bandeja con una hamburguesa, unas papas fritas y un vaso de Coca-Cola.

Después de comer disciplinadamente todo lo que tenía en mi bandeja, me volví caminando al hotel. Quería trabajar un poco en mi conferencia, sobre todo en la primera parte. Pensé que lo mejor era empezar por agradecer a los intérpretes que me iban a traducir en simultáneo del español a más de veinte lenguas distintas.

Entonces abrí mi computadora y empecé a redactar un nuevo comienzo.

~~Quisiera agradecer.~~ Quisiera, antes que nada, empezar por agradecer el trabajo de los intérpretes y por disculparme. Conmigo no se van a encontrar con el castellano elegante de las planicies ibéricas, sino que se van a encontrar con un español árido, rudo y ~~bruto~~. No. ¿Ven? Bruto es horrible. Tosco. Es mejor tosco. Con un español turbio. Tan turbio como son las aguas del Río de la Plata que bañan las costas de Montevideo que es la ciudad en donde ~~yo nací~~.

No. De donde yo vengo es mejor. Y a eso se suma que se van a encontrar también con alguien que no quiere *para* nada su lengua. No. Que no quiere está bien. Alguien que no quiere su lengua y que desde la adolescencia se ha exiliado *para-siempre*. No. Eso es muy fatalista. Que se ha exiliado de ella para irse a otra. Mi español es un español errado, roto, herido, ~~heno~~. Perdón. Disculpen. Suerte que corregí. Es mejor poner plagado de cicatrices. Un español con el que solo puedo entenderme en la escritura, pero con quien me llevo muy mal en la oralidad. Así que desde ya mi agradecimiento y mis disculpas.

De golpe me interrumpió una llamada.

Era Igor.

Quería saber si podíamos volver a vernos. Le dije que estaba ocupado. Que lo llamaría una vez que hubiera terminado mi trabajo. Me preguntó varias veces cuándo sería. Le dije que no antes del viernes.

Entonces no te gusté.

No. No es eso. Me gustaste mucho. Pero estoy trabajando.

Solo vas a estar una semana. ¿Por qué no aprovechamos? Puedo pasar por el hotel cuando quieras.

Le tuve que repetir varias veces que no. Y que además prefería que no nos viéramos en el hotel. Que se había empujado a llenar de colegas. Que prefería verlo en otro sitio.

¿Esta mañana fuiste a correr?, me preguntó.

Sí.

¿A dónde?

A los bosques de Tívoli.

¿Transpiraste?

Claro. Mucho.

Debe ser excitante verte correr todo mojado.

Perdón, ¿te estás excitando?

Me parecía que Igor se estaba excitando del otro lado del teléfono y yo también.

Sí. Sí. Estoy excitado.

Yo también.

Es lo que busco. Si quieres podemos masturbarnos.

Pero solo eso. Tengo mucho trabajo. Solo nos masturbamos.

Y fue lo que hicimos.

Luego de cortar con Igor, me volví a dar una ducha, me vestí y me fui a la inauguración del congreso.

En la inauguración todos nos prestamos al mismo ritual hipócrita de siempre. Presentarnos entre diferentes colegas, intercambiar tarjetas profesionales y demostrar interés por la persona que tenemos enfrente, aunque de lo único que en realidad tuviéramos ganas fuera de irnos lo más rápido posible de ahí para encerrarnos en nuestras habitaciones a mirar una buena serie americana o, como en mi caso, un buen documental de la National Geographic.

Acá también todos comentaban las mismas banalidades de siempre. Solo se hablaba de la textura de los saladitos o de la temperatura del champagne.

La semana anterior, por ejemplo, una balsa con cuatrocientos africanos había naufragado en las costas de Italia sin ningún sobreviviente, pero de eso nadie se animaba a decir nada. Y si alguien lo hacía, todo el mundo miraba hacia abajo y trataba de cambiar inmediatamente de tema.

En eso se había transformado el medio intelectual y universitario europeo. En eso había terminado la herencia de Erasmo y de Dante: comer dátiles con roquefort mientras el Mediterráneo se transformaba en un inmenso cementerio de negros y árabes.

Cuando regresé al hotel, ni bien abrí la puerta de la habitación, lo primero que hice fue ir directamente a ver las manchas. Cada vez que entraba, era lo primero que hacía. Como si necesitara confirmar que las manchas seguían ahí. Que aquello no era un invento mío.

Y mientras me detuve a mirirlas, sentí una necesidad muy fuerte de azúcar. Entonces fui y me tomé una Coca-Cola bien helada. Esto era una costumbre que había heredado de la época de las clínicas. Los médicos siempre nos insistían en que cada vez que necesitáramos azúcar, no nos reprimiéramos esas ganas, sobre todo en épocas de abstinencia.

Justo en ese momento, mientras tomaba mi Coca-Cola, vi que mi madre me estaba llamando por Skype.

Estaba cansado y quería irme a dormir, pero igual atendí. Había llegado a un acuerdo con mis hermanas y era que al menos cada dos días tendría una conexión con ella.

Hola. Mamá. ¿Me ves? Yo también. ¿Me oís bien? A ver. ¿Y ahora? Yo te oigo. ¿Ahora me oís? ¿Estás sola? Ah, bueno. ¿Cómo estás? ¿Qué? No. Soy yo, mamá. Te estoy llamando desde Liubliana. ¿Te acordás que te dije que venía a Liubliana? Liubliana, mamá, en Eslovenia. Sí. Existe. Existe. Queda cerca de Venecia. De Venecia. ¿Qué? No. No. Yo no te llamé. En un hotel. Estoy en un hotel. Te estoy hablando desde la habitación. Un hotel, mamá. No. No. Soy yo, mamá. Mirame bien. A ver. Mamá. Hola. Mamá. ¿Cortaste? Mamá.

Desde hacía ya unos cuantos meses todas las conversaciones con mi madre se habían transformado en esta especie de trabalenguas en donde todos los esfuerzos consistían en tratar de explicarle quién era yo. El Alzheimer le había desordenado el cerebro con la misma intensidad con la que los virus informáticos de última generación podían desarticular los softwares más potentes. Los médicos ya nos habían dicho que la situación iba a ir empeorándose cada vez más.

Al principio esa forma de comunicarme con ella había sido muy angustiante, luego algo un tanto risible y últimamente una verdadera pérdida de tiempo que me terminaba agotando.

Mi madre se había transformado en la triste sombra pixelada de lo que había sido, pronta a entrar lo antes posible en un geriátrico que pudiera liberarnos, tanto a mí como a mis hermanas, del fardo en que se había convertido.

Después de cortar el Skype, me desvestí, me tomé mi antidepresivo y me tiré en la cama.

Pensé en masturbarme una vez más. Empecé a hacerlo, pero me costaba concentrarme. La imagen borrosa de mi madre con su Alzheimer galopante venía a interceptar las otras imágenes de hombres desnudos en erección que trataba de imaginar para que se me parara. Después de varios intentos hice un último esfuerzo para extirpar la imagen de mi madre de mi cabeza y finalmente logré una cierta concentración, pero poco a poco me empezaron a faltar las fuerzas. Estaba cansado. Muy cansado.

Al final terminé acariciándome y, a los pocos minutos, me fui durmiendo con el sexo absolutamente muerto entre mis dedos.

11

A eso de las dos de la mañana volví a despertarme. Otra vez a la misma hora. No me sentía nada bien. Estaba em-papado. Había tenido una pesadilla espantosa. No la podía recordar, pero sabía que había sido algo horrible.

Me desperté y me quedé sentado unos segundos en la cama.

Volví a sentir la misma necesidad de azúcar y cuando me levanté para ir a buscar una Coca-Cola fue ahí mismo que las volví a ver. Las manchas. Ahora tenían un aspecto diferente. Inquietante. La luz de la luna les daba otro color.

Me acerqué y sentí la necesidad de acariciarlas. De volver a tocarlas.

¿Qué es lo que había pasado en esa habitación? ¿De quién eran esas manchas?

Y entonces poco a poco y sin darme cuenta, me fui quedando dormido sobre la moquette. Así. Exactamente así. En esta misma posición me fui quedando completamente dormido.

12

Al otro día, cuando me desperté, tenía mi cara contra una de las manchas. Ni bien abrí los ojos fue lo primero que vi. Era temprano. Las seis de la mañana. Tenía todo el cuerpo tenso. Sobre todo, la zona del cuello. Esta parte. Antes de salir a correr, preferí darme una ducha con agua bien caliente para tratar de distender un poco los músculos de la espalda.

Después me tomé una vitamina, me puse mis Nike y me fui a hacer mis cuarenta y cinco minutos de footing.

Había decidido que, mientras corría, iba a tratar de repasar la primera parte de mi conferencia que yo había dividido en tres momentos.

Esa primera parte era muy importante porque era donde establecía la primera razón por la cual yo creía que la mirada de Narciso es una metáfora de lo que es la mirada del artista. Y esta primera razón es la siguiente: creo que la mirada de Narciso es una mirada que se mira a sí mismo, pero buscando a otro. En cierta forma, la mirada de Narciso es una mirada que plantea el juego confuso del yo y de la alteridad. Es decir, se trata de una mirada que se encuentra a sí misma pero que, a su vez, en el instante mismo de esa auto-contemplación del yo, propone una interrogación del otro. Según Pausanias, Narciso, viéndose a sí mismo, cree reconocer la imagen de su hermana gemela muerta. Esto es lo que me permite afirmar que en el mito de Narciso la mirada del yo me lleva entonces al otro. Y este mecanismo ambiguo que supone encontrar en el yo al otro me habla de lo que en cierta forma es también la

mirada del artista que oscila y fluctúa permanentemente entre el yo y el otro. Por ejemplo, mi primer material de trabajo en mi escritura siempre soy yo mismo. Siempre parto de una experiencia personal, de un vivido, de mi propio reflejo, pero al igual que sucede con Narciso, siempre lo hago con esa necesidad de querer ir más allá de mí mismo para poder mirar y encontrar al otro. Aquello que de mejor manera decía Rimbaud cuando afirmaba: Je est un autre.

De golpe, cuando estaba repitiendo en mi cabeza esta frase de Rimbaud, tuve la impresión de que alguien me estaba siguiendo. Entonces me di vuelta y fue ahí que lo vi.

Era él. Igor. Me había seguido mientras corría. Estaba tan empapado como yo.

¿Qué hacés?

Tenía ganas de verte.

Me asustaste.

No quise molestarte.

¿Hace rato que me venís siguiendo?

Sí.

¿Y por qué no me lo dijiste?

Quería seguirte. Me gusta verte correr de atrás.

Su cuerpo transpirado y su pelo todo mojado me excitaban todavía más de lo que me había excitado la tarde en que habíamos estado juntos. De golpe me dieron ganas de tocarlo. De besarlo. De acariciarlo. Ahí mismo.

¿Estás excitado?

Un poco.

Yo también.

Entonces nos apartamos y en medio del bosque de álamos empezamos a hacerlo.

Ahí mismo.

Acá.

Ni bien terminamos nos despedimos. Él se fue por un lado y yo por otro.

13

Cuando regresé al hotel me encontré con algunos colegas que bajaban a desayunar.

Parece que venís de la guerra, me dijo uno.

Estuve corriendo en los bosques de Tívoli y como llovió un poco había barro por todos lados, le mentí.

Es extraño verte con ropa deportiva, me dijo riendo antes de proponerme si quería que desayunáramos juntos.

Ya lo hice esta mañana, le mentí por segunda vez. Prefiero ir a ducharme. Nos vemos luego.

Y entonces, justo cuando iba a subir al ascensor, me llamaron desde la recepción y me dijeron que finalmente habían encontrado una habitación para hacer el cambio.

Me quedé pensando unos segundos. No muchos. Y entonces les dije que no. Que ya no era necesario. Que prefería quedarme en aquel cuarto.

14

Después subí, entré a mi habitación, me senté en el borde de la cama y volví a mirar aquellas manchas. Ahora las empezaba a mirar de otra forma. Poco a poco empezaba a comprender algo. O una parte de algo.

Y entonces ahí decidí llamar a un amigo francés que era criminólogo forense y que trabaja en París en la Brigada de Crímenes de la Policía Nacional. Lo había conocido en un curso sobre semiología del cuerpo que habíamos hecho unos años atrás en la Sorbona. Ahora ocupaba un cargo importante en la Jefatura Central. Por razones obvias, en este caso no puedo decir su verdadero nombre. Por eso mismo decidí llamarlo Marlowe.

Ni bien tuve al otro lado del teléfono a Marlowe, le expliqué rápidamente la razón por la cual lo llamaba. Le conté lo de las manchas y mi curiosidad por tratar de saber qué es lo que había pasado en aquella habitación. Entonces me propuso tener una conexión por Skype más tarde, después de medianoche que era cuando regresaría a su casa.

15

Luego de cortar con Marlowe regresé a las salas de conferencias y seguí oyendo varias intervenciones.

Hubo una conferencia en particular que me interesó. Era una ponencia que había presentado una colega de la universidad de Lisboa sobre el mito de Ulises y las sirenas.

Mientras la escuchaba me surgió la misma interrogante que siempre me surgía cada vez que pensaba en ese episodio, ¿qué es lo que dicen las sirenas?, ¿qué es lo que cantan?, ¿cuáles son las palabras que Ulises quiere oír a toda costa?

Al final de la intervención le propuse a la colega para ir a comer juntos. El tema me interesaba y quería ver con ella la posibilidad de invitarla a participar de una publicación que estaba dirigiendo y que íbamos a editar entre París y Madrid.

Unas horas después fuimos a comer junto con otro grupo de colegas. Durante casi toda la comida se habló de su conferencia. En un momento les dije que en mi país de origen había una gran poeta que tenía un poema notable sobre Ulises y las sirenas. Y les expliqué que el poema contaba cómo Ulises se ataba al mástil, pero descando que el viento lo derribara. Y entonces lo dije. En medio de Liubiana me puse a recitarles los versos de Idea Vilariño.

¿Pero no sos francés?

Sí. Sí. Lo soy por opción, pero no de nacimiento. Soy francés por adopción.

¿Y naciste en Montevideo?

Sí. En Montevideo.

El nombre es bello, comentó alguien.

Y entonces me puse a explicar lo mismo que explico siempre. Que su nombre quizá quería decir el Monte Sexto en dirección Este-Oeste.

Son las siglas náuticas Monte VI d. E-O.

Y después dije lo segundo que siempre digo, que es la ciudad en donde nació Lautréamont. Eso siempre sorprende a todos. Sobre todo, cuando les explico que su nombre en realidad era un homenaje a la ciudad. Una abreviación de la fórmula *L'autre à Montevideo*. Algo así como *El otro en Montevideo*. Y entonces allí siempre aprovecho y trato de desviar la conversación para ponerme a hablar de la escritura de Lautréamont y dejar de hablar de Montevideo.

Nunca le gusta hablar de su país de origen, comentó una colega.

Es verdad. No me gusta.

¿Y por qué?

Esa es una pregunta muy íntima, les dije riendo.

Finalmente, también me molestaba que me hicieran ese tipo de preguntas. A fin de cuentas, creo que prefería que habláramos de si era mi primera vez en Liubliana o si el salmón era mejor en Noruega o en Estocolmo.

Y lo de cantante, ¿es cierto?, me preguntó de golpe otro colega. Lo leí en una entrevista. ¿Es verdad que siempre quisiste ser un cantante famoso?

Sí. Es verdad.

Y era verdad. Desde chico siempre había soñado con ser un gran cantante melódico. Como Roberto Carlos. O Camilo Sesto. O Perales. O Dyango. Una estrella con mucho éxito. Llenar estadios enteros con multitudes. Eso es lo que siempre hubiera querido ser. Cada vez que lo comentaba siempre le resultaba extraño a todo el mundo. Nunca supe bien por qué. Yo nunca le había visto nada de extraño.

¿Un cantante melódico?

Sí. Un cantante melódico.

Esa noche, cuando llegué al hotel y encendí la tele, vi que estaban pasando Sin aliento de Godard. Nunca la había visto antes. Al instante quedé prendido con la belleza de Jean-Paul Belmondo. Nunca me había imaginado que había sido tan bello de joven. Y su gesto. Ese gesto notable. Ese que está haciendo ahí. El dedo deslizándose de forma horizontal por los labios.

Así.

Como si con ese desplazamiento condenara el lenguaje para siempre. Como si solo ese gesto alcanzara para expresarlo todo sin necesidad de ninguna palabra más.

Entonces me abrí una Coca-Cola, me tiré en la cama y me dediqué a observar el cuerpo sublime de Belmondo. Sobre todo, su torso. Perfecto. Extraordinario. Pero lo que más me cautivaba era su gesto sobre los labios.

Este. Así.

Y entonces lo repetí varias veces tratando de imitarlo. Y mientras lo iba haciendo, fui pensando que en adelante cada vez que alguien me hablara de mi país de origen, yo iba a responderle con este gesto.

Así.

Y mientras esperaba que se hiciera medianoche, no dejé de repetir ese gesto todo el tiempo. Y así, poco a poco, lo fui imaginando en los labios de Igor.

17

Cuando terminó la película, miré la hora y vi que todavía faltaba una hora y media para que Marlowe me llamara.

Entonces pensé que podía rápidamente repasar un poco la segunda parte de la conferencia.

Me senté en el escritorio, abrí la computadora y esta vez preferí leerla para tratar de memorizarla. Era la parte que conocía menos.

La segunda razón por la cual creo que la mirada de Narciso opera como metáfora de la mirada del artista, es porque creo que, al igual que su mirada termina produciendo una transformación, la mirada del artista es una mirada que también transforma lo real. Narciso termina por medio de su mirada transformándose en otra cosa: en algo vegetal: la flor que lleva su nombre. Y esta capacidad que tiene su mirada de transformar, de transmutar, de convertir, de transfigurar una cosa en otra, es lo que yo llamo la capacidad poética con la que cuenta el artista que es aquel que también va a transformar una cosa en otra. Aquel que va a ver gigantes donde hay molinos: el solo ejercicio de la mirada opera un cambio en lo real que en adelante va a pasar a ser otra cosa. Y esta transformación de una cosa en otra es el trabajo del poeta. Heidegger, al explicar lo que según él sería la producción poética, afirma e insiste en esta noción de transformación, asegurando que se trataría de un procedimiento en donde algo se aleja de su posición inicial para convertirse en otra cosa, generándose así una entidad nueva.

18

De pronto sonó el teléfono de la habitación. Era Igor. Me llamaba desde el hall del hotel.

¿Puedo subir?

Te dije que prefería que no nos viéramos acá. Además, tengo mucho trabajo.

Lo hacemos rápido.

Ok. Pero nada de drogas. Solo tengo una hora.

A los cinco minutos estaba en mi cuarto.

Ni bien le abrí la puerta empezamos a desvestirnos de forma agitada y lo empezamos a hacer impulsivamente sin decirnos nada. Sin dirigirnos una sola palabra. Sin ni siquiera habernos saludado. Y así lo hicimos por toda la habitación.

De pronto miré la hora en mi reloj y me di cuenta de que ya había pasado una hora.

¿Nunca te lo sacás?, me preguntó. El reloj. Cuando hacés el amor, ¿nunca te lo sacás?

No lo sé. Nunca me había dado cuenta. Nunca me hice esa pregunta.

¿Qué marca es?

Es un Casio.

¿Es sumergible?

Sí. Sí. Trescientos metros. Tiene cronómetro. Y también tiene despertador... Es extraño. En todo caso ya es hora de que te vayas.

No te gusta estar conmigo.

No. No es eso. Si no me gustara no estarías ahí. Delante de mí. Desnudo.

Quiero que volvamos a hacerlo, me siguió insistiendo. Me gusta que me la hagas poner bien dura.

A mí también me gusta, le contesté. Pero ahora es imposible. Estoy esperando la llamada de un colega. Es importante.

Y entonces nos volvimos a vestir. Y mientras lo hacíamos, no dejé de mirarlo, de observarlo. No dejé un solo instante de ver cómo volvía a cubrir su cuerpo. Sobre todo, no dejé de mirar cómo volvía a subirse el pantalón con las dos manos. Y entonces pude ver cómo los músculos de los antebrazos se le tensaban una última vez mientras que con un solo movimiento entraba adentro del pantalón todo su sexo. Y después también pude ver cómo se abrochaba el cinturón, cómo se cerraba la hebilla y cómo verificaba con su mirada que todo estuviera en orden. Y también lo pude ver abrocharse los botones de la camisa. Y por último lo miré ajustarse en cucullas los cordones de sus Adidas y, después de erguirse, lo vi hacer el último gesto de su ceremonial, meterse una de sus manos adentro del pantalón para acomodarse el sexo.

Era evidente que le gustaba mostrarse. Ser visto. Era hermoso y lo sabía. Lo sabía mejor que nadie.

Te gusta, le dije mientras lo veía mojar el pelo.

¿Qué cosa?

Que te miren.

Después se tomó una lata de Coca-Cola de un solo trago y se fue.

19

Cuando volví a mi escritorio pude ver que Marlowe se acababa de conectar. Dos minutos más tarde me llamó y atendí su llamada por el Skype.

¿Me oís bien? ¿Me ves? ¿Y ahí? Ok. Yo te escucho y te veo perfecto.

Entonces volví a explicarle la historia de las manchas, pero, sin dejarme avanzar mucho, me interrumpió y me pidió que se las mostrara. Como buen criminólogo que era, Marlowe no era un hombre de mucha conversación. Lo suyo era descifrar signos concretos y no perder el tiempo con palabreríos.

Voy a ir mostrándotelas con la cámara del iPhone.

Y fue lo que hice. Lo que estoy haciendo ahora. Encendí la cámara y empecé a mostrarle las manchas.

Primero empecé por la primera que había visto y luego le mostré las otras que estaban alrededor. Corrí la cama y le mostré la mancha enorme que estaba debajo.

Hice varios primeros planos y también me alejaba para que Marlowe se pudiera dar cuenta del tamaño de las manchas.

Muy seguido me pedía que le filmara de más cerca el contorno de algunas manchas y que tratara de recorrer de cerca la línea que las delimitaba.

En un momento me pidió que me detuviera en una mancha y que me aproximara.

Esa es la única que no es una mancha de sangre, me dijo.

¿No?

No. Se parece, pero no lo es. Debe ser una mancha de aceite oscuro. O de soja. De salsa de soja. Seguramente sea una mancha de salsa de soja que suele parecerse mucho a la mancha de sangre seca.

Luego le mostré las manchas de la pared. Y allí hicimos lo mismo. Yo iba siguiendo sus indicaciones mientras él miraba atentamente y cada tanto tomaba algunas notas en su cuaderno.

De pronto me empezó a decir que me desplazara a distintos lugares. Yo lo hacía. Obedecía a lo que él me iba indicando. Y allí a donde él me pedía que fuera, había nuevas huellas de manchas de sangre mal lavadas. Era como si Marlowe ya supiera dónde iban a estar. Y así, poco a poco, me fue haciendo ver que había muchas más manchas en lugares que yo no me había dado cuenta. En las demás paredes, en el pasillo, en las puertas de los armarios, a los pies del escritorio.

En un momento me pidió que le filmara el techo.

¿El techo?

Sí. El techo.

Y en efecto, en el techo también se podían adivinar hue-
llas de sangre, pero más pequeñas. Era toda una constela-
ción. Como un cielo de manchas siempre mal lavadas.

Marlowe no me decía nada. Solo miraba y tomaba notas.

De golpe me empezó a pedir que siguiera con la cámara
el trayecto que él me iba diciendo. Entonces empecé a filmar
el corredor hasta llegar al baño y, una vez ahí, me fui dando
cuenta de que también había las mismas manchas de sangre
mal lavadas por todas partes. En las paredes, en el piso, en el
techo, en la pileta. Luego me pidió que le mostrara la bañera.
Y ahí pasó lo mismo. Había manchas también en la bañera.

Era como si Marlowe ya conociera todo lo que había pa-
sado en este lugar. Algo así como si ya conociera el final de
esta historia.

En un momento me pidió que tomara un poco de algodón
y que lo frotara contra una de las manchas.

Lo hice. Hice lo que me pedía.

¿Así?

Eso. Eso mismo.

El algodón había quedado manchado de un rojo tenue. Se
lo mostré de cerca.

¿Y ahora?

Marlowe me pidió que lo mojara con un poco de alcohol.

Le dije que no tenía.

Me pidió que sacara del minibar una botellita de whisky
y que lo mojara un poco.

Lo hice y, al terminar de hacerlo, pude ver que la mancha
volvía a intensificarse. Volvía a ponerse roja. El alcohol vol-
vía a hacer aparecer el color inicial de la mancha.

Era lo que me imaginaba, me dijo Marlowe. Lo que te voy
a pedir ahora es que tomes unas medidas.

Ok, le dije, y así fui midiendo con mis dedos determina-
das distancias que Marlowe quería verificar. Distancias entre
unas manchas y otras. Distancias entre las manchas del piso
y las de la pared. Distancias entre las manchas de la bañera y
las de la puerta del baño.

Bien, me dijo al final. Ya está. Es clarísimo.

Marlowe me pidió que dejara todo y que me sentara. Y
entonces me lo dijo.

Ahí pasó algo espantoso.

Un crimen, ¿verdad?, le pregunté.

Algo mucho peor. Eso fue un descuartizamiento. Un cri-
men seguido de un despedazamiento de miembros superiores

y posiblemente inferiores. Tiene que haber sido algo espectral. ¿Por qué no te vas de ahí?

¿Pero qué fue lo que pasó?, le pregunté.

Eso yo no lo sé, me dijo Marlowe. Lo que sí te puedo asegurar es que por los tipos de manchas, los trazados, las localizaciones y las distancias, seguramente se haya tratado de un desmembramiento con arma blanca. No hay ningún impacto de bala, eso es claro. Pero sí hay huellas por goteo en forma de escurro, irrigación y salpicadura que son típicas de un cuerpo desmembrado al arma blanca.

¿Y todo eso fue acá?

Es posible que todo haya sido entre la cama y el baño. Por el tipo de trazado, seguramente las incisiones de miembros empezaron en la cama, pero es claro que también hubo cortes en el baño. Y por el tipo de salpicaduras, es posible que se haya tratado de un vaciamiento de órganos. Seguramente en la bañera.

¿Un cuerpo masacrado?

No. Masacrado, no. Eso deja otro tipo de huellas y de trazado. Eso es un cuerpo desmembrado que no es lo mismo. ¿Por qué no te vas de esa habitación?

El hotel está completo, le mentí.

¿Por qué no te vas a otro?

¿Y cómo se puede saber qué es lo que pasó?, volví a preguntarle.

Eso es lo único que te interesa. Yo no puedo saberlo. Seguramente allí en el hotel lo sepan. Pero yo en tu lugar me iría de allí.

No te preocupes.

Una cosa. Si te vas a poner a escribir algo con todo esto, te ruego que cambies mi nombre. Puedo tener problemas.

No te preocupes. Ya lo pensé. Te voy a llamar Marlowe.

¿Cómo el dramaturgo isabelino?

No. Marlowe como Philip Marlowe. El detective de las novelas policíacas de Chandler.

20

Después de agradecerle y de despedirnos, corté y me quedé unos minutos sentado en mi escritorio sin dejar de mirar la habitación toda dada vuelta.

Marlowe tenía razón, lo único que me interesaba era saber qué había pasado en aquel cuarto. Pero no se trataba de una mera curiosidad. No. Se trataba de un defecto profesional, pensé mientras elegí una de las "Suites para violonchelo" de Bach. Necesitaba oír algo bello.

La habitación había quedado toda desordenada y yo había quedado agotado. No tenía ganas de volver todo a su lugar. Solo tenía ganas de tirarme en el piso. Acá. Acá mismo. En el lugar mismo de la mancha más grande. Ahí donde había empezado todo. O donde había terminado todo. Acá. En este lugar. Eso era de lo único de lo que tenía ganas. De tirarme así y de oír a Bach.

¿Por qué ya no me quería ir de este sitio? ¿Por qué cada vez empezaba a tener más ganas de estar en este lugar que había sido la escena horrorosa de un crimen atroz? ¿Por qué me sentía atraído por esta habitación?

Y entonces mientras me empecé a dormir, los versos de Idea Vilariño se me vinieron a la cabeza.

Decir no
decir no
atarme al mástil
pero
deseando que el viento lo voltee
que la sirena suba y con los dientes
corte las cuerdas y me arrastre al fondo
diciendo no no no
pero siguiéndola.

21

Esa noche soñé todo el tiempo con Igor.

A la mañana, cuando me desperté, tenía ganas de verlo. Dudé en llamarlo, pero preferí no hacerlo.

Salí a correr y lo hice con la excitación de pensar que de pronto lo encontraría en los bosques de Tívoli. Esta vez corrí mirando hacia todos lados. Buscándolo entre los árboles. Entre las partes más espesas al borde del camino. A medida que mi cuerpo se iba cansando y se empezaba a empapar, no dejaba de mirar en todas direcciones. No lo veía por ningún lado. Era temprano y a esa hora nunca había nadie.

¿Dónde estás?, pensaba todo el tiempo. ¿Dónde estás?

El sol empezaba apenas a salir.

De lo único que tenía ganas era de verlo. De encontrarlo. De que me estuviera esperando en algún lugar con el cuerpo también todo empapado como el mío. Con el pelo mojado. Eso era lo único de lo que tenía ganas aquella mañana. De que me hiciera un gesto desde algún lugar escondido para que me acercara a él.

Su imagen era lo único que tenía en la cabeza. No pude pensar en mi conferencia. Ni en nada.

Hasta que de pronto, en un momento, pensé en este texto. En esta escena misma. Fue en lo único que pude pensar.

En escribir un nuevo texto. Una pieza en la cual soy yo mismo contando todo esto. Un texto que hable del hotel y de las manchas, de Narciso y del congreso, de Igor y del footing, de los encuentros con mi madre en Skype y de las balsas de inmigrantes naufragando en las puertas de Europa, de Belmondo y de Lautréamont, de Bach y de David Bowie. Un texto donde, de a poco, todo se vaya mezclando y que suceda en mi habitación. En la habitación del hotel donde yo mismo voy practicando mi conferencia. Donde voy contando mis encuentros con Igor. Donde voy conviviendo con las huellas del descartizamiento que poco a poco se va empezando a dilucidar. Una pieza que lentamente empiece a reconstruir la escena del crimen.

Y justo cuando estaba pensando en eso, fue ahí mismo que lo vi. A él. A Igor.

Estaba tal cual me lo esperaba. Tal cual me lo había imaginado en mi cabeza. Como si Igor no existiera. Como si fuera un invento mío. Y sin embargo, estaba ahí. Delante de mí.

Sabía que te iba a encontrar. Sabía que ibas a estar en algún lugar cerca del lago.

De pronto me hizo el mismo gesto de Belmondo.

Este.

Exactamente el mismo gesto.

Ahora era él quien me lo hacía a mí. Ahora no era ni

Belmondo ni yo quienes lo hacíamos, sino él. Puede parecer extraño, pero no lo es. Cuando uno escribe se suelen desplazar cosas. Y ese gesto ahora estaba en él. Se había desplazado a él.

Y fue ahí, en ese mismo instante, que pensé en Gabriel. En Gabriel Calderón.

Fue ahí que pensó en mí y en las ganas de que este mismo gesto que estoy realizando ahora, fuera compartido por nosotros cuatro. Por Belmondo, por Igor, por él y por mí.

Y entonces lo hicimos. Ahí mismo. Nos alejamos un poco a una zona apartada y volvimos a hacerlo en medio del bosque de álamos. Y mientras lo hacíamos fuimos siendo los cuatro. Lo fuimos haciendo los cuatro. Lo fuimos haciendo entre los cuatro.

Yo

Él

Igor

Belmondo

Cuando uno escribe se puede permitir todo. O casi todo.

Y fue ahí, desde el lugar mismo en donde tuvo la idea, que Sergio decidió llamarme.

22

Hola, Gabriel.

¿Qué hacés?

Te estoy llamando desde Liubliana.

¿Desde dónde?

Desde Liubliana.

¿Qué es eso?

Es una capital. La capital de un país que se llama Eslovenia.

No te creo.

Es verdad. Y te llamo porque te quiero contar algo. Una idea. Un nuevo texto. Un nuevo proyecto que me gustaría que hiciéramos juntos. Nada... Solo te quería decir eso. Ni bien llegue al hotel te mando un mail y te cuento con más detalles.

Me encanta. Dale. Desde ya te digo que sí. Yo también tengo algo para contarte. Algo muy importante. Todavía nadie lo sabe. Vas a ser el primer en saberlo.

Ya me imagino. Vas a ser padre.

Sí. Está embarazada. Pero todavía no lo sabe nadie. ¿Cómo sabías?

Bueno, no importa. ¿Cómo estás?

Yo... No sé... A veces...

Bueno, no seas marica. No sé si vas a ser buen padre pero seguro que la paternidad te va a hacer mejor escritor.

No se lo digas a nadie.

A nadie. Voy a ser una tumba.

Antes de nacer ya lo sepultaste.

Estoy en medio de un bosque. Un buen lugar para sepultar a un recién nacido.

¡Sergio, por favor!

Bueno, Gabriel, para esta obra te vas a tener que sacar la barba.

¿Estás con otra autoficción en la cabeza?

Después te cuento.

Entonces voy a tener que hacer de vos.

No. No. De mí no. De mi personaje que no es lo mismo.

Primero Saffores. Ahora yo. Cada vez te los buscás más jóvenes.

No lo había pensado. Es cierto. Es posible que me esté pasando un poco lo de Dorian Gray.

Nunca lo leí.

¿Nunca lo leíste? Deberías. El prólogo dice una de las cosas más bellas sobre el arte. Algo así como que todo arte es perfectamente inútil.

Yo no pienso eso.

Ya lo sé. Y ese es tu único defecto. Yo sí. Yo estoy convencido de que es algo completamente inútil. Bueno, te escribo ni bien llegue al hotel. Un beso.

Otro.

23

Ni bien corté me quedé pensando en la idea de que Gabriel fuera a ser padre. Es extraño. Era extraño. Justo en este momento en que me decidía a escribirle un texto, Gabriel me decía que iba a ser papá. No sé. Había algo en todo eso que me resultaba extraño.

El sol estaba empezando a salir sobre el bosque y la neblina empezaba ahora a levantarse de a poco.

De golpe me sentía bien. Gabriel acababa de decirme que sí. Y eso era lo más importante en ese momento para mí. Que hubiera aceptado. Que me hubiera dicho que sí. De un tiempo a esta parte yo solo podía ponerme a escribir a partir de personas concretas. Personas que existieran. Personas de verdad. Algo así como si de golpe mi escritura hubiera empezado a necesitar de existencias verdaderas.

Gabriel me acababa de decir que sí. Que se prestaba al juego. Y eso me hacía feliz. Eso alegraba mi corazón.

Y ahí se me vino a la cabeza una canción de Dyango. Una canción que habla un poco de todo esto. Se llama *Corazón mágico*. Y bueno... Quisiera cantársela porque tiene mucho que ver con todo esto.

Música, por favor.

Es una canción que se la quiero dedicar por supuesto a todos ustedes, pero en particular a Gabriel Calderón. Gabriel,

en donde quiera que estés...

He visto entre los árboles tu pelo
que jugaba con el viento
de pronto un sentimiento
se apodera de mi mente y eres tú
el sol se ha levantado por levante
y el mar te está mirando desde el sur
te miro y de repente el horizonte
es tan distante como tú
corazón

¿qué le has hecho a mi corazón?

corazón
luna llena canción de amor
la vida siempre ha sido así
tú por tu lado y yo por ti
corazón mágico.

24

Durante toda la mañana me costó seguir las conferencias. No lograba concentrarme. Solo pensaba en Igor y en las manchas.

Sin que nadie se diera cuenta pasé todo el tiempo conectado a Internet buscando imágenes de descuartizamiento por desmembramiento o mandándome mensajes de texto con Igor.

Y entonces las imágenes de crímenes que aparecían en mi iPhone se iban alternando con las del cuerpo desnudo de Igor. Le gustaba mandarme fotos suyas. Fotos de su sexo, de su torso. Le gustaba hacerlo mientras yo estaba en medio del congreso.

Eso era lo que le excitaba. Y lo que me excitaba también a mí.

De golpe me dieron ganas de llamarlo.

¿En dónde estás?, me preguntó.

En el teatro.... No, en la Universidad. Sí. Sí. Estoy excitado. Claro que estoy excitado.

Igor quería saber todo el tiempo si estaba excitado o no.

¿Qué es lo que quieres saber exactamente? Sí. La tengo dura. Bien dura.

Y entonces Igor me pedía que fuera a uno de los baños y que me masturbara. Quería que lo hiciéramos los dos al mismo tiempo.

¿Ahora?

Sí, ahora, ahora mismo, me ordenaba él.

A él le encantaba darme órdenes y a mí me encantaba obedecer. Obedecerle. Serle obediente. Me gustaba la idea de someterme a todo lo que me pidiera.

Sí, estoy diciendo eso, que me gustaba serle obediente. ¿Qué? ¿Ahora?

Entonces iba, me encerraba en uno de los baños de la Universidad y lo hacíamos por teléfono.

¿Qué más?, le preguntaba yo. ¿Qué más quieres que te haga?

Y ni bien terminábamos, enseguida empezaba a preguntarme cuándo nos íbamos a volver a ver.

Esta noche no. No puedo. Mañana tengo que dar mi conferencia y necesito concentrarme.

Y así trataba de explicarle que después de que terminara mi conferencia íbamos a poder hacerlo todo lo que quisiéramos.

25

Esa tarde cuando regresé al hotel me informaron que el director general me estaba esperando en su despacho. En realidad, era yo quien había pedido para hablar con él.

Ni bien me vio, me tendió la mano y con un gesto amable me invitó a pasar a su oficina.

Mi nombre es Zdenko Vladislav, se presentó.

Bien, ahora quisiera pedirles algo especial. Yo no soy actor. La única vez que actué fue con mi hermana en *Ostia*. Yo soy dramaturgo y director. Lo mío es la escritura y la dirección. Pero esta noche me encantaría poder interpretar para ustedes el personaje de Zdenko, el director del hotel. ¿Sí? Bien.

Después que entramos a su despacho y que nos sentamos, le empecé a explicar la razón por la cual quería verlo y entonces luego de oírme atentamente, Zdenko me pidió disculpas y me confirmó que, en efecto, en aquella habitación había sucedido algo.

Un crimen, ¿verdad?, le pregunté.

Exacto, me respondió.

Le dije que yo había hecho averiguaciones de mi lado.

Me volvió a pedir disculpas y me confesó que era la primera vez que abrían la habitación después de algún tiempo en que

Pero él me seguía insistiendo en vernos. Me decía que podía conseguir buenas sustancias.

Lo sé. Lo sé. Pero esta noche no. Mañana lo hacemos cuantas veces quieras.

Podemos vernos a la mañana en los bosques...

No. En los bosques no. Mañana de mañana no vengas. Prefiero que nos veamos a la noche en mi hotel.

Finalmente corté y desactivé el teléfono para poder seguir tranquilo las conferencias.

había permanecido clausurada por orden judicial. Me propuso una vez más cambiarme de cuarto inmediatamente.

Le dije que no.

Se sintió incómodo. Durante varios minutos se dedicó a explicarme que habían respetado todos los protocolos estipulados por la policía judicial de Eslovenia, a saber: los plazos de cierre por sellado de la habitación durante el tiempo que había durado la investigación, y que una vez recibida la autorización de reapertura del cuarto, también habían respetado escrupulosamente los procedimientos sanitarios de desinfección, limpieza y restauración requeridos por la ley. No dejaba de repetirme que se lamentaba de aquella situación. En un momento me propuso la devolución de la estadia.

Le contesté que no. Que no era eso lo que quería. Y que además no era yo quien pagaba.

Solo quiero una cosa, le dije. Una sola.

Y entonces se lo expliqué.

Lo único que quiero es que me cuente. Lo único que quiero es saber. Saber qué pasó. ¿Qué pasó exactamente? ¿Cuánto fue? ¿Quiénes fueron? ¿Cómo pasó todo?

El director me explicó que por razones evidentes no podía darme ninguna de aquellas informaciones. Que en su oficio había un código secreto profesional muy severo que se lo impedía. El respeto de la vida privada de las personas.

Le dije que para mí era importante. Que necesitaba saberlo.

Me miró de forma desconfiada y me preguntó si formaba parte de la policía de investigación francesa.

Le dije que no. Que para nada. ¿Por qué un policía francés se iba a interesar por aquella historia?

La víctima fue una persona de nacionalidad francesa, me explicó, y durante varias semanas y hasta que el caso fue cerrado, tuvimos reiteradas visitas de la policía francesa.

No. No soy de la policía, le aseguré.

¿Y por qué le interesa tanto entonces?

No sé. Hace varios días que estoy en esa habitación. Es lógico que quiera saber.

¿Usted es profesor, verdad?

Sí. Soy profesor. Pero además también escribo.

Ah, ¿usted es escritor?

Sí. Escribo.

¿Y qué escribe?

¿Qué escribo? Esto, por ejemplo. Estas cosas. Esto podría escribirlo.

No me gustaría terminar en un libro, me dijo riendo.

No se preocupe. Después cambio. Se lo prometo. Altero varias cosas. Por ejemplo, en lugar de decir que usted es una mujer, diré que es un hombre. Y además lo que me interesa no es usted, sino lo que usted me va a contar. Lo que quiero saber es qué pasó. ¿Cómo fue? ¿Quiénes fueron?

Fue ahí que me propuso vernos fuera del hotel. En ese lugar no podía hablar, pero afuera sí. Y entonces me propuso darme cita al día siguiente después de que hubiera dado mi conferencia, en un café que se llamaba El Babel.

¿Le parece?, me preguntó.

Le contesté que sí. Que me parecía perfecto.

Luego nos pusimos de pie y, cuando nos dimos la mano para despedirnos, me pidió que fuera solo a la cita.

Por supuesto, le contesté.

Oiga, me dijo, usted no es tampoco familiar del joven, ¿no?

¿De quién?

¿De la víctima?

No. No. Quédese tranquila. Perdón, tranquilo. ¿Era un hombre joven?

Bueno. Todo depende. Era un hombre de unos 40 años.

Eso es joven, le dije riendo.

Y ella también rió.

Ahora sabía algo más. Aquellas manchas eran las manchas de sangre de un hombre francés de unos cuarenta años.

26

Ni bien entré a la habitación me di una ducha y enseguida pedí por teléfono que me subieran un plato de sushi.

Dos temakis. Dos makis. Ocho sashimis. Habitación dos dos ocho.

Y mientras esperaba que me subieran el sushi, encendí la televisión y me puse a ver un documental de National Geographic sobre el recalentamiento del planeta.

Diez minutos de documental alcanzaban para comprender que todo se iba a terminar mucho más rápido de lo que pensábamos. El deshielo de las banquisas avanzaba a una velocidad abismal y no era posible hacer nada. Absolutamente nada. Ya era demasiado tarde.

Cuando me trajeron el sushi, cambié a un informativo y fui comiéndome cada una de las piezas mientras me enteraba que Rafael Nadal había ganado su noveno Roland Garros, que uno de los frescos de Giotto había sido dañado por un terrorista musulmán perteneciente al nuevo Estado Islámico y que el rey Juan Carlos de España había abdicado. Después de un Papa ahora era un rey quien claudicaba. Extraña época esta que nos tocaba vivir.

De pronto, en un momento de descuido, se me cayó al suelo un poco de salsa de soja.

Con una de las servilletas traté de limpiarla, pero no pude sacarla. La mancha quedó allí.

Ahí.

No hubo forma de retirarla.

Fui hasta el baño, mojé una toalla con agua y traté de frotarla, pero tampoco pude sacarla.

Era una verdadera pena manchar aquella moquette tan limpia. Mañana ni bien me levante se lo digo a una de las limpiadoras, me dije. Seguramente con los productos que ellas tienen, van a poder sacarla.

De repente sonó el Skype. Era mi madre. No tenía ningunas ganas de atender, pero ya habían pasado dos días y me tocaba hacerlo, así que atendí.

Hola. Mamá. ¿Me ves? A ver. ¿Y ahí? ¿Me oís bien? ¿Cómo estás? ¿Qué? No. Soy yo, mamá. Estoy en Liubliana. ¿Te acordás que los otros días te dije que estaba en Liubliana? Sí. Que-
da lejos. ¿Qué hora es ahí? Sí. Sabés mirar la hora. Hací un
esfuerzo. Acá es tarde. No. No tenés que tocar nada. Solo
tenés que hablarme. No sé. ¿Qué tenés ganas de decirme?
¡Ah, mirá! Esta mañana escuché un relato japonés. Te lo voy
a contar. Es un samurai que está frente a un espejo con los
ojos cerrados. Su mujer al verlo se acerca y le pregunta qué
es lo que está haciendo. Y él le contesta: estoy tratando de
mirar lo que será mi rostro cuando esté muerto. Es bonito,
¿verdad? ¿Qué? No. No estoy en Japón. Estoy en Eslovenia.
Los otros días te dije que era cerca de Venecia. ¿Te acordás?
Mamá. Mamá. Bueno. Mañana te llamo.

Luego de cortar me acosté, me tomé mi antidepresivo, un
somniafero y por suerte me pude dormir ensanguada.

A la mañana siguiente me desperté bien temprano. Era el
viernes. El día de la conferencia.

Dudé en ir a hacer mi footing a los bosques de Tívoli.
Tenía ganas de repasar una última vez mi texto y si me en-
contraba con Igor no iba a poder hacerlo.

Lo mejor va a ser salir a correr en la otra dirección, eso es
lo que había decidido cuando salí del hotel, pero sin embargo
diez minutos después me di cuenta de que estaba en medio
de los bosques de álamos y cinco minutos más tarde Igor
estaba a mi lado.

Te dije que esta mañana no quería hacerlo. Que necesita-
ba correr solo.

Me dijo que él quería acompañarme. Solo acompañarme.

Ok. Pero sin hablar. Sin decirnos nada.

Y entonces corrimos en silencio. Con el mismo paso. El mis-
mo ritmo. Lo único que oía era su jadeo. Nada más que eso.

En un momento nos detuvimos a tomar un poco de agua.

¿Dónde es?, me preguntó.

¿Qué cosa?

Tu conferencia.

¿Por qué quieres saberlo?

Para saber.

Le pedí que no viniera. Que prefería que no lo hiciera. Si lo veía, me iba a molestar.

Y fue ahí, recién ahí que, por primera vez, encontré algo extraño en Igor.

¿Qué pasa?, me preguntó asombrado.

Nada, le dije mientras que, también por primera vez, me pregunté: ¿quién era Igor en realidad?, ¿por qué se obstinaba en verme todos los días?, ¿qué era lo que quería?

Quiso besarme.

Le dije que no. No tenía ganas de excitarme.

Solo besarnos.

No, le dije. Tengo que seguir. No puedo distraerme.

Entonces le expliqué que iba a ponerme mis auriculares y que prefería seguir solo.

Me dijo que él me seguiría de atrás. Que le gustaba verme correr delante de él.

Ok, le dije.

¿Nos vemos esta noche?

Cuando termine la conferencia te llamo.

Entonces me puse los auriculares, programé las "Suites para violonchelo" de Bach y corrí durante treinta minutos más con Igor siguiéndome a dos metros de distancia.

¿Quién era realmente Igor?

¿Qué era lo que quería? Era evidente que quería algo más que acostarse conmigo. ¿Qué podía estar queriendo? No era plata. Pero era claro que quería algo más. Otra cosa.

No pude dejar de pensar en todo eso mientras regresaba al centro de la ciudad.

En la esquina del hotel me di vuelta, nos hicimos un gesto de despedida y entré al hall.

29

Después de entrar en la habitación me di una ducha y mientras me vestía frente al espejo me probé dos o tres camisas distintas, me decidí por uno de mis sacos Kenzo, y después de ponerme mi reloj Casio me detuve unos segundos en una serie de pequeñas arrugas que de a poco empezaban a marcar unos surcos frágiles pero inevitables en algunas partes de mi rostro.

¡Qué rápido pasa todo!, pensé.

Después me tomé un taxi y me fui a la Universidad.

30

Ni bien llegué, fui directo a la sala de conferencias que me tocaba y, mientras miraba llenarse el anfiteatro hasta quedar repleto con más de mil personas, de repente vi que Igor entraba y se sentaba en uno de los escalones del fondo. Algo me había dicho que iba a hacerlo.

No importa, me dije.

Y entonces empecé mi conferencia.

La primera parte fluyó a la perfección. Es esa parte en donde digo que la mirada de Narciso es una mirada que se mira a sí mismo, pero buscando a otro. En la segunda parte me sentí un poco incómodo porque no había sido claro en el desarrollo de un concepto. Es donde establezco que la mirada del artista con el solo hecho de mirar transforma lo que ve. Pero la última parte salió muy bien. Es la parte final que no dura más de tres minutos y es donde desarrollo la tercera y última razón por la cual creo que la mirada de Narciso opera como metáfora de la mirada del artista.

31

La tercera razón por la cual creo que la mirada de Narciso se asemeja a la del artista es porque la mirada de Narciso no solo transforma lo que tiene enfrente, sino que, además, lo va a immortalizar. Recordemos que Narciso se va a transformar en una flor que, según nos dice el mito, deberá renacer en todas las primaveras, es decir, una flor que estará immortalizada por esta especie de renacer primaveral. Estamos entonces ante una especie botánica de auto-regeneración que no muere nunca. Y esta capacidad de immortalizar con la mirada es una metáfora perfecta de lo que es la mirada del artista, del creador, del poeta, quien también va a immortalizar su creación. De alguna manera el artista es aquel que también immortaliza. Esto me hace pensar en aquello que sostenía Deleuze cuando afirmaba que el arte es un acto de resistencia, pero no tanto un acto de resistencia en el sentido político o social, sino un acto de resistencia metafísica ya que toda obra de arte resiste finalmente a la muerte. Nos alcanza con ver una escultura de tres mil años o un fresco como *La última cena* de Leonardo para comprender que esa obra de arte logró resistir a la muerte. Siempre insisto en que no es por azar que el primer texto poético, la primera obra de arte literaria de nuestra humanidad, *La epopeya de Gilgamesh*, escrita en cuneiforme en las famosas tabletas de arcilla por un autor originario de Babilonia, aborde como tema central el rechazo a la muerte y la inquietud por la inmortalidad. “¿También yo tendré que morir? La angustia invade mis entrañas...”, se lamenta su héroe Gilgamesh. Esto demuestra para mí que, desde su propia fundación ancestral, la escritura literaria se plantea el desafío de la inmortalidad y el rechazo a la muerte.

Creo que todo poeta le tiene un miedo enorme a la muerte. Como Gilgamesh no queremos morirnos. Y entonces con nuestras miradas, al igual que lo hace Narciso, intentamos immortalizar, volver resistentes a la muerte los objetos que creamos. Y no solo los poetas le tenemos miedo a la muerte, sino también quienes se enfrentan a la creación. Estoy convencido de que justamente una de las funciones del arte es suspender al menos por unos instantes este miedo a morirnos que tenemos todos y que es el que, finalmente, nos hace bellamente humanos.

Muchas gracias.

Después de la conferencia hubo un debate con el público que realizó una serie de preguntas y por supuesto que, como era de imaginar, en un momento Igor levantó la mano y me preguntó por qué le tenía tanto miedo a la muerte.

Fui un poco desagradable a la hora de responder que esa era una pregunta muy íntima que no podía responder allí. Que se trataba de algo muy personal.

Luego vinieron otras preguntas y, cuando se dio por terminado el debate, busqué con la mirada a Igor, pero ya no estaba allí. Había desaparecido.

Algunos colegas me propusieron ir a almorzar juntos para poder conversar un poco sobre la conferencia. En realidad no tenía muchas ganas de aceptar la invitación, pero estaba obligado a hacerlo. No podía decir que no. Y además, solo se trataba de callarse y de escucharlos. Siempre había al menos uno que decía algo interesante.

Finalmente fue un almuerzo un tanto agradable en donde, además de recibir elogios y algunas invitaciones a otros congresos, pude defender varios aspectos de mi intervención que habían suscitado ciertos cuestionamientos.

Luego del postre quedé un poco asombrado cuando un colega comentó que hubiera sido interesante que alguien se hubiese atrevido a preguntarme en el debate por qué le tenía tanto miedo a la muerte.

Y más asombrado quedé todavía cuando varios de ellos le dieron la razón y le dijeron que sí, que hubiera sido muy interesante que alguien me hubiese hecho esa pregunta.

Eso quería decir que nadie había escuchado la pregunta de Igor. O algo peor, que solo yo la había escuchado. O algo más inquietante aún, que Igor no había hecho ninguna pregunta. O algo más terrible todavía, que Igor ni siquiera había venido.

Ahora sí, todo empezaba a volverse muy extraño. Ahora sí, tenía la impresión de que las cosas se empezaban a enturbiar cada vez más.

De golpe sentí un dolor fuerte de cabeza, en esta parte de acá, y entonces me disculpé con los colegas, salí del restaurante, detuve un taxi y me fui a la cita que tenía prevista en el café El Babel.

34

Mientras iba mirando la ciudad por la ventana del taxi, traté de recordar el momento en que Igor me había hecho aquella pregunta que nadie más parecía haber oído. El recuerdo aparecía claro. Nítido. Era capaz de revivirlo con una claridad notable.

¿Y si todo fuera un invento?, me pregunté. Un puro producto de la imaginación.

Entonces saqué mi iPhone para verificar que su nombre existía realmente en mi agenda de contactos y en mi registro de llamadas, y justo en el momento en que empezaba a hacerlo, el chofer me dijo que ya habíamos llegado.

35

En el fondo del café estaba el director del hotel Zdenko, sentado a una mesa con alguien más. Ni bien me acerqué, me lo presentó.

Él es Piotr Malvec, me dijo.

Bien. Piotr Malvec es el último personaje que les voy a presentar.

Piotr Malvec era un jefe retirado de la policía nacional de Eslovenia y era quien, antes de jubilarse, se había encargado de llevar adelante la investigación de lo que había sucedido en la habitación 228. Era un hombre ya mayor con una carrera policial extraordinaria. En la época de la antigua Yugoslavia había sido director de la seguridad personal de Tito. Se trataba de un hombre culto, que hablaba un francés perfecto y que era gran lector de Poe, Borges, Stevenson y Mallarmé.

El director del hotel lo había conocido a raíz del crimen de la 228 y había decidido contactarlo para que fuese él en persona quien me brindara toda la información que estaba necesitando sobre el caso.

¿Qué es exactamente lo que usted quiere saber?, me preguntó Piotr en un francés perfecto.

Todo, le contesté.

Muy bien, me dijo y después de mirar a su alrededor para

36

El crimen había sido acá mismo. Un crimen por desmembramiento que había tenido lugar entre la cama, el pasillo y el baño. El cuerpo había sido totalmente desmembrado para poder sacarlo del hotel sin que nadie se diera cuenta. Y todo eso había sido hecho por una sola persona. Un joven de apenas treinta y cinco años.

¿Y el arma?, le pregunté a Piotr.

Un cuchillo eléctrico, me contestó. Un Moulinex.

Y entonces, mientras Piotr me iba contando la manera en que la víctima había sido despedazada con el cuchillo eléctrico, yo no podía dejar de pensar en el ruido.

Escuchen.

Les pido que imaginen el ruido del cuchillo cortando primero la piel. Los nervios. Las venas. Las arterias. Y después los tendones. Los tendones y después los huesos. Cortando y despedazando los huesos.

Y lo peor de todo, según lo que me había contado Piotr, era que el desmembramiento había sido realizado con la víctima viva.

Según las pericias realizadas en la habitación por los técnicos forenses, la intensidad del impacto de las manchas en las paredes permitía deducir que el cuerpo había sido

confirmar que nadie más nos escuchaba, empezó su relato con la frialdad que el hábito del oficio da a quienes trabajan con la muerte.

Todo lo que me contó aquella tarde había sido algo horrible de escuchar. Estar ahí sentado en El Babel, oyéndolo, había sido difícil para mí. Lo que me contaba era un espanto.

Marlowe tenía razón. Había sido algo mucho peor que un crimen. Todo lo que desde París Marlowe había vislumbrado, había en efecto sucedido. Marlowe había acertado perfectamente con la historia del descuartizamiento de los cuatro miembros cortados por incisión con arma blanca. Con las simples huellas Marlowe había hecho la reconstrucción exacta de lo que ahora me contaba el ex jefe de la policía nacional eslovena.

Voy a tratar de reproducirlo para ustedes con la mayor fidelidad posible.

destrozado con la víctima en vida. Eso quería decir que la víctima había visto su propio despedazamiento. Que había alcanzado a ver cómo había sido descuartizado. El cuerpo habría expirado algunos minutos después de su desmembramiento, con lo cual habría tenido el tiempo suficiente para presenciar el desprendimiento de uno, dos y hasta tres de sus miembros.

Una vez el cuerpo muerto, el asesino se había dedicado a despedazar el tronco abriendo el esternón para cortar y desprender cada una de las costillas antes de llevarlo arrastrando por el pasillo hasta el baño en donde, una vez dentro de la bañera, se había dedicado a vaciarlo de sus órganos. Los pulmones, el hígado, los riñones, el corazón.

Después había recogido todos los pedazos y los había metido en lo que ellos suponían era un bolso deportivo grande Adidas para poder sacar el cuerpo del hotel sin que nadie lo notara.

La policía había demorado varios días en dar con las diferentes partes del cuerpo. El asesino había desparamado todos los pedazos por los bosques de Tívoli, salvo la cabeza que había metido en una caja de cartón y despachado por correo a la Facultad de Filología de la Universidad de Liubliana.

Piotr me había confesado que, a la hora de hacer la autopsia, no había sido fácil para ninguno de ellos tener que enfrentarse a aquel cadáver todo despedazado. Según Piotr, habían tenido que interrumpirla varias veces.

Lo peor había sido la cabeza, me había dicho. Los rasgos del rostro eran absolutamente irreconocibles a causa de la cantidad de golpes.

El acta forense de la autopsia lo atestiguaba muy bien:

Cráneo con múltiples fracturas y varios hundimientos en la parte frontal. Cartílago nasal completamente desplazado en la parte inferior. A la altura de la comisura de los labios, laceraciones varias. Presencia de diversos moretones, hematomas y edemas.

Piotr también me había comentado la manera en que ellos suponían que el asesino había hecho las heridas en el cráneo. Ellos pensaban que el asesino había agarrado la cabeza y que le había dado varios golpes contra uno de los vértices del escritorio.

Supuestamente, lo habría hecho al menos tres veces.

Les pido por favor que se imaginen lo que pudo haber sido eso.

Uno. Dos. Tres.

Piotr no solo me había contado todo esto, sino que además me había logrado conseguir una serie de fotos, las mejores páginas del expediente forense y también me había traído unas manzanas.

Son eslovenas, me dijo. Son nuestra honra nacional. Nuestro primer producto de exportación. Somos el primer país europeo en exportar manzanas.

Después de pasar un par de horas en El Babel, salimos y caminamos los tres juntos por las calles de Liubliana. Al cabo de unos minutos, y antes de despedimos, Piotr me preguntó si tenía pensado escribir algo con todo aquello.

Le dije que no lo sabía.

Usted tiene el oficio más extraordinario del mundo, me dijo. Siempre admiré la incapacidad de vivir en la realidad. Esa necesidad de confundir todo con todo. De mezclar todo el tiempo la ficción con lo real. Lo vivido con lo inventado.

En una de las esquinas nos detuvimos y le hice una última pregunta.

¿Y el móvil del crimen?

Nunca estuvo muy claro, me contestó. Como nunca logramos dar con el asesino, solo tenemos especulaciones. Hay tres pistas que son tan posibles las unas como las

otras. La primera sería el tráfico de documentos. Nunca dimos con los documentos de identidad de la víctima y el tráfico de documentación es uno de los más prósperos por estos sitios de Europa. La segunda pista sería el tráfico de órganos. Tampoco dimos con varios de sus órganos y ese es un tráfico que funciona muy bien en estos momentos. Y la tercera pista sería la ira. Sí. La simple ira. El furor. La cólera. El arrebato. Un momento de furia alcanza para matar a alguien.

¿Le parece?, le pregunté.

¿Por qué no? Todo es posible. Usted como escritor debería saberlo, ¿no? Matar a alguien es mucho más simple de lo que la gente piensa. Es algo que está muy al alcance de la mano.

¿Pero descartizarlo en mil pedazos con un cuchillo eléctrico?

Tampoco es algo muy complicado. Si hay la suficiente ira y si el cuchillo está bien afilado, solo se necesita un poco de fuerza y de precisión. Nada más.

Luego detuvieron un taxi y, antes de subirse, Piotr me tendió la mano y me dijo por lo bajo: la palabra ira es bella, ¿no le parece? Es una bella palabra para que figure en un título. La ira de... Por cierto, ¿sobre qué fue la conferencia que vino a dar a la Universidad?

Sobre Narciso, le contesté. Sobre el mito de Narciso.

38

Bueno. Ahí tiene. *La ira de Narciso*. No le dé más vueltas. Ese es un buen título.

Después se subieron al taxi y se fueron.

Yo me quedé pensando en todo lo que me había contado y me volví caminando al hotel con las manzanas en la mano.

Cuando entré a la habitación me senté al borde de la cama y me quedé así unos segundos sin poder sacarme de la cabeza todo lo que Piotr me acababa de contar.

De golpe sentí miedo. Pero era tarde. Ya era demasiado tarde.

No tenía ganas de volver a salir para ir a la cena de despedida del congreso. Entonces agarré una de las manzanas y de a poco me la empecé a comer.

Esa iba a ser mi única cena. Mi última cena. Mi última escena.

De repente sonó el teléfono. Era Igor. Quería verme. Me invitaba a ir a una fiesta en una residencia privada en las afueras de Liubliana.

Le dije que no tenía muchas ganas de salir.

Insistió. Me dijo va a haber más de treinta hombres. Te van a gustar todos.

No sé si tengo ganas de hacerlo de a muchos, le dije.

Los otros días me dijiste que te gustaba.

Sí. Sí. Me gusta, pero ahora no tengo muchas ganas de salir.

Va a haber buen sexo y buenas drogas.

Igor empezó a mandarme algunas fotos. Era imposible decir que no. Era imposible resistirse.

Treinta minutos después Igor me pasó a buscar en un taxi y nos fuimos a la periferia de Liubliana.

39

Era en una casa enorme y con piscina.

El que organizaba la fiesta jugaba en el club nacional de Eslovenia y los demás eran deportistas o actores de la industria porno.

En total había más de treinta hombres repartidos en distintas habitaciones. En la piscina había unos cuantos que ya lo estaban haciendo.

Me imaginó que sabés cómo funciona, me preguntó Igor.

Lo miré y le dije que vivía en la ciudad del mundo en donde más excesos había.

El rito era siempre el mismo. Cada uno podía consumir lo que quisiera y hacer lo que tuviera ganas y con quien tuviera ganas.

Con Igor empezamos juntos a recorrer la casa y de a poco empezamos a pasar de cuerpo en cuerpo hasta empezar a hacerlo de a tres, de a cuatro o de a todos los que quisiéramos.

La idea era ir cambiando. Ir probando. Ir mezclándonos cada vez más entre todos. Mirar y dejarse mirar. Ir cambiando de personas. De cuerpos. De grupos.

En la penumbra de algunas habitaciones apenas podíamos distinguir con quién lo estábamos haciendo.

Y así pasamos casi toda la noche. Cada vez pidiendo más. Y cada vez con más intensidad. Cada vez más ajetreados. Cada vez más excitados. Como si no pudiéramos calmarnos. Como si nada pareciera saciarnos.

De pronto me di cuenta de que hacía más de siete horas que estábamos ahí. Ya estaba empezando a amanecer.

Con todo lo que nos metimos uno termina perdiendo la idea del tiempo.

Lo sé, le contesté. ¿Por qué no nos vamos y lo seguimos haciendo en el hotel?

Entonces salimos, paramos un taxi y nos volvimos juntos al hotel.

Ahora íbamos a tener todo el día para seguir haciéndolo. Mi avión recién salía al otro día domingo. Ahora sí íbamos a poder tomar todo lo que quisiéramos sin tener que disimular nada ante nadie.

Mientras el taxi atravesaba la ciudad no nos dijimos nada. Ni siquiera nos mirábamos. Estábamos en pleno descenso.

De golpe un hilo de sangre empezó a correr por una de mis narinas.

Tomé mucho.

No es nada, me dijo Igor mientras me tendía un kleenex.

Y entonces mientras el taxi seguía recorriendo la ciudad, apoyé mi cabeza contra uno de sus hombros y así seguimos el resto del trayecto sin decirnos nada. De lo único que teníamos ganas era de seguir haciéndolo pese al cansancio que teníamos.

Ni bien entramos a la habitación, cerré la puerta con llave y empezamos a hacerlo como lo habíamos hecho tantas veces.

En un momento Igor se levantó, me dijo que ya volvía y se dirigió hacia el baño para darse una ducha.

Yo también me levanté para ir a buscar una lata de Coca-Cola y fue ahí, recién ahí, que cuando me acerqué a su bolso deportivo Adidas que estaba abierto, me llamó la atención ver que en el interior había un cuchillo eléctrico. Un Moulinex. Entonces abrí un poco el bolso para ver si estaba viendo bien y fue justo en ese mismo instante que Igor salió del baño.

¿Qué es?, le pregunté señalándole hacia el interior del bolso.

Nada, me contestó Igor mientras fue hacia mi iPhone, puso la primera música que encontró y la subió al máximo. Eran las "Suites para violonchelo" de Bach. No es nada.

Sí. Es un cuchillo. Es un cuchillo eléctrico.

¿Y?

Nada. Es extraño.

¿Y por qué te ponés a revisar mis cosas?

Yo no había revisado nada. Solo me había levantado a tomar una Coca-Cola y me había llamado la atención ver el cuchillo eléctrico en el bolso.

Mientras se lo traté de explicar, Igor vino hacia mí y, sin que tuviera tiempo de nada, me tomó del cuello, así, de esta forma, con una de sus manos.

¿Qué te pasa?, le dije al mismo tiempo que una de las "Suites para violonchelo" de Bach empezaba a invadir toda la pieza.

Nada, me contestó. No me pasa nada.

Pero Igor me empezó a apretar cada vez más.

Me estás haciendo mal, le dije.

Y ahí me agarró el cuello también con la otra mano y empezó a apretármelo con las dos manos al mismo tiempo.

Me duele. Me está faltando el aire.

Su cara ahora era distinta. No era la misma cara de siempre.

¿Qué estás haciendo? ¿Qué te pasa?

Igor me apretaba cada vez más fuerte el cuello sin decirme nada.

Pensé que era una broma, pero de a poco me fui dando cuenta de que estaba buscando hacerme mal. De repente sentí un ruido. Acá. En esta parte. Como si algo se hubiera roto. Y enseguida sentí un dolor agudo que me empezó a subir por esta otra parte de acá.

Me estás ahorcando, le dije mientras sentía que un hilo de sangre empezaba a correr por uno de mis oídos. Me estás matando.

Y entonces fue ahí que, siempre sosteniéndome con una mano del cuello, extendió la otra y, después de agarrar el cuchillo eléctrico, me sujetó más fuerte contra la pared.

Me estás haciendo mal, le dije tratando de forcejear.

Su cara seguía cambiando. Cada vez más. No parecía el mismo. Y fue justo ahí que después de un forcejeo y mientras con una de sus manos me seguía apretando el cuello, con la otra encendió el cuchillo eléctrico y, luego de mostrármelo, empezó a hacerlo. Empezó a acercarlo a mi cuerpo.

No. No lo hagas, fue lo único que alcancé a decir cuando acercó el cuchillo hacia uno de mis brazos y empezó a cortarlo.

Después solo siguió un grito mío al sentir el dolor de la cuchilla cortándome primero la piel y luego los músculos, las venas, los tendones, los nervios.

Ahora la sangre había empezado a salpicarle la cara sin que eso lo detuviera.

Mis gritos fueron más fuertes cuando la cuchilla empezó a cortar el hueso. Hasta pude alcanzar a ver cómo el brazo se desprendía de mi hombro y caía al piso mientras las "Suites para violonchelo" de Bach seguían sonando a todo volumen.

De golpe, el dolor no me dejó sostenerme más de pie, entonces Igor apretó con más fuerza el cuello hasta quebrar de nuevo algo más. Recién ahí me soltó y todo mi cuerpo se desmoronó en el piso.

Y entonces Igor siguió cortando distintas partes con el chuchillo eléctrico.

Cada vez veía menos. Todo se iba enturbiando. Pero igual alcancé a ver cómo me cortaba el otro brazo y lo desprendía. Y después también alcancé a ver cómo empezaba a cortar una de mis piernas. Poco a poco todo fue como apagándose. En un momento sentí un vómito fuerte de sangre y, unos segundos después, cuando sentí que empezaba a cortar una de mis ingles, algo se detuvo para siempre.

EPÍLOGO

Eran las tres de la tarde de un sábado en Montevideo cuando recibí la llamada de Gonzalo Marull.

¿Te enteraste lo de Sergio?, me dijo.

No supe qué decir. No dije nada. Solo pude quedarme en silencio.

Esa misma noche quise ir a ver a su madre, pero me pidieron que no. Que era mejor no hacerlo. Habían tratado de explicárselo, pero no había comprendido de lo que le estaban hablando.

Mejor, me habían dicho las hermanas de Sergio. Es mejor que no se dé cuenta de nada.

Durante toda esa noche no supe qué hacer. Nos empeñamos a llamar entre todos. Minutti. Mariana. Grompone. Teníamos todos la misma impresión de que aquello no era verdad. De que era una mentira. De que se trataba de una nueva autoficción de Sergio.

A los pocos días el Ministerio de Cultura me encargó a mí en calidad de director del INAE, yo en ese momento era director del Instituto Nacional de Artes Escénicas, de ir hasta Liubliana para ocuparme de la cremación y para traer las cenizas de Sergio a Montevideo.

Dos días después me tomé un avión y, después de una

escala en París, llegué a Liubliana, la ciudad que unos días antes ni siquiera sabía que existía.

Ni bien llegué al aeropuerto me estaba esperando un auto de la Embajada que me llevó al hotel.

El cuarto era este que está aquí. Este mismo.

Cuando entré hice lo que siempre hago cuando llego a un hotel, conecté mis computadoras y puse las claves Wi-Fi en todos mis aparatos para activar la conexión y para poder hablar con mi casa.

Todo estaba bien. Por Skype pude ver el vientre de ella que era lo único que tenía ganas de hacer.

Al otro día, era domingo, el mismo auto de la Embajada me pasó a buscar temprano por el hotel y me llevó hasta el crematorio del Cementerio Central de Liubliana. La incineración estaba prevista a las diez de la mañana.

Todo fue muy rápido.

Me hicieron entrar a una sala en donde aguardaba el ataúd cerrado. Era una sala fría.

Me acerqué al cajón y me quedé unos minutos mirándolo.

Al lado del ataúd había una Biblia. Era lo único que podía reconfortar un poco en aquel lugar. Incluso a mí que ni siquiera creía que alguien pudiera creer. La abrí y la ojeé un

poco. Mis manos me llevaron a las hojas más gastadas. Seguramente eran las que más se leían en ese lugar. Era el Libro del Eclesiastés y en una de aquellas páginas había un pasaje señalado con un marcador fluorescente que decía: "Pues los vivos saben que han de morir, pero el muerto ya nada sabe. Porque no hay en el sepulcro, adonde vas, ni obra, ni industria, ni ciencia, ni sabiduría".

Luego un funcionario del crematorio se acercó y de forma un tanto solemne me explicó que en dos minutos iba a activar el sistema de desplazamiento del ataúd y de encendido de los hornos.

Ahora solo me quedaban dos minutos. No sabía qué hacer. Entonces extendí una de mis manos, la puse sobre el cajón y durante unos segundos lo acaricié como si lo estuviera acariciando a él. No me gusta que me toquen. Y ahora decía siempre Sergio. No me gusta que me toquen. Y ahora yo lo estaba haciendo. Ahora desplazaba mi mano por lo que imaginaba que era su cuerpo.

Recién ahí vi una plaqueta de metal que decía:

Sergio Blanco
Montevideo 1971 – Liubliana 2014

De pronto el funcionario se acercó a una plataforma de metal sobre la cual había todo un dispositivo informático de pantallas y, después de hacerme un gesto discreto con su cabeza, activó el sistema.

El ataúd empezó entonces a desplazarse lentamente sobre la plataforma metálica que lo sustentaba, al mismo tiempo que, en una coordinación perfecta, una puerta vertical y brillante de acero se abría para que el cajón pudiera entrar a los hornos.

Todo funcionaba a la perfección.

Una vez que el ataúd estuvo adentro, la puerta de acero se cerró y lo único que se oyó fue el ruido ensordecedor de la combustión que sin embargo estaba amortiguado por el metal espeso de las paredes del horno.

El funcionario se acercó nuevamente y me explicó que si en algún momento deseaba ver hacia el interior del horno para presenciar la incineración, podía hacerlo a través de una pequeña ventana prevista para eso.

En varios momentos dudé en hacerlo, pero finalmente pensé que a Sergio no le hubiera gustado. Cada vez que íbamos juntos a nadar a la piscina y nos desnudábamos, él se daba vuelta. No le gustaba que lo miraran.

A la media hora, el mismo funcionario apareció con una urna y me la entregó. Todavía estaba tibia. Todavía se podía sentir el calor.

Después me pidieron que firmara unos documentos, me dieron la mano de forma muy amable y me dijeron que ya podía irme.

El chofer me estaba esperando a la salida del cementerio. Me subí al auto y, con las cenizas siempre en mis manos, le pedí que me llevara al hotel.

Ni bien entré a la habitación dejé la urna sobre el escritorio y pensé que era extraño estar con las cenizas de Sergio ahí. Habíamos estado juntos varias veces en tantas habitaciones de hoteles. En Buenos Aires, Chile, Colombia, México, Madrid, Atenas. Esta era la última vez que lo hacíamos.

De pronto noté que sobre la cama me acababan de depositar la valija con las pertenencias de Sergio. Era la valija que iba a tener que llevar conmigo a Montevideo.

Por supuesto que la abrí buscando lo que enseguida encontré. El libreto de este texto. Sabía que Sergio tenía la costumbre de ir imprimiéndolos a medida que los iba escribiendo. Estaba todo impreso. El texto entero.

Entonces me tiré en la cama y empecé a leerlo. Y sin darme un solo instante, fui devorando el texto con la evidencia de no haber sido yo quien lo hubiera escrito. Era un texto perfecto, hermoso, brillante, como todo lo que escribía Sergio.

Cuando lo terminé me quedé pensando unos minutos. Nadie más que yo conocía la existencia de aquel texto.

En un momento pensé que podía firmarlo yo. Que podía cambiar el nombre. Sacar Sergio Blanco y firmar Gabriel Calderón. La idea me tentaba.

En un segundo momento pensé que podía empeorarlo. De esta forma, su último texto pasaría a la posteridad como un texto malo. La última obra mala de Sergio Blanco.

Por último, pensé que lo mejor era dejarlo como estaba, pero agregar que me lo había escrito para mí y que él quería que fuera yo quien lo interpretara.

Entonces me senté en el escritorio y me puse a retocar-lo. Cambié algunos datos, agregué bastantes cosas, puse mi nombre Gabriel Calderón varias veces y, después de hacer toda una serie de modificaciones, lo volví a introducir en la valija.

Su último texto quedaría finalmente como un texto escrito para mí. La idea me gustaba. Y mucho. Su último gran texto sería un homenaje a mí.

Como mi vuelo recién salía a la noche y tenía toda la tarde para recorrer la ciudad, decidí ir a visitar el Museo de Historia Natural. La escena que pasaba en el museo me había parecido una de las más bellas de toda la pieza y por eso tuve ganas de ir a conocerlo.

Entonces me mandé pedir un taxi y fui hasta ahí.

El museo estaba completamente vacío y las salas eran exactamente como Sergio las había descrito en su pieza. Lentamente las fui recorriendo casi todas hasta que, después de atravesar hileras de vitrinas, subí a la planta superior y entonces di con él. Con el mamut.

Era realmente inmenso. Y hermoso. Sobre todo, hermoso.

Ahora entendía por qué el título que Sergio le había puesto a su pieza era *La caricia del mamut*. Era imposible no extasiarse ante el esqueleto de aquel animal. Pero ese título no era posible. Era mucho mejor titular este texto *La ira de Narciso*. Por eso yo lo había cambiado. Porque finalmente de eso se trataba esta pieza. Sergio había logrado enfurecerse contra sí mismo. Sergio había logrado ser un Narciso que se mataba a sí mismo en su propio texto. Como buen apasionado que era con el asunto de la autoficción, había logrado ir hasta el fondo de su lógica, había logrado suicidarse en el texto. *La caricia del mamut* era un bello título, pero *La ira de Narciso* era la forma más justa de designar lo que era la escritura de su propia muerte.

La única ira que Sergio podía albergar en sí era la que tenía contra sí mismo.

Me puse los auriculares como Sergio lo pedía en su texto y, después de elegir una de las "Suites para violonchelo" de Bach, me acerqué cada vez más al enorme esqueleto.

Y entonces por primera vez jugué a ser él. Por primera vez traté de ser él. Por primera vez fui él.

Era inmenso. Hermoso. Una estructura de cientos de huesos elegantes que lo hacía erguirse en medio de la sala como si fuera una catedral prehistórica. Era el más antiguo que se había encontrado en este continente. En un momento pude acercarme y, sin que nadie me viera, me animé a

hacerlo. Acerqué mi mano y entonces me puse a acariciarlo. De a poco fui deslizando lentamente mis manos por todos los huesos. Los fémures. Las tibias. Las costillas. En un momento sentí algo en la garganta. Y luego en el pecho. Acá. En esta parte. Como si durante unos segundos algo se detuviera en mí, mientras tomaba conciencia de que estaba acariciando algo tan lejano y ajeno, y sin embargo tan próximo y familiar.

Y entonces ahí pensé en mi hijo que iba a nacer en algunos meses y no pude hacer otra cosa más que ponerme a llorar.

Nada más. Eso es todo.

Gracias. Muchas gracias.

Carta de Abel González Melo a Sergio Blanco

Abel González Melo

Querido Sergio:

No puedo contarte cómo me ha dejado *La ira de Narciso*. Esta mañana (la hora en la que mejor leo) me acosté con ella en la cama y no pude soltarla hasta el final. Hasta ahora que te escribo. Me encerré en mi habitación a leer, en la habitación de mi casa en esta otra urbe europea que, como la que dibujas, vive un tiempo de devastaciones varias. Me encerré a leer y cuando levantaba la vista, de vez en vez, solo era para observar el día más largo (más corto) del año, el día del solsticio (de verano para mí en Madrid, de invierno para ti en Montevideo) desde la ventana. La ventana de mi habitación desde la que solo pueden verse álamos.

El hilo de la historia no me permite segundo de tregua.

Voy avanzando en el relato de las manos de ese narrador, de tu mano, de la mano de esa extraña figura de ficción que has sido tú y que serás tú sin duda en las múltiples advocaciones que prometes desde la palabra impresa y que el discurso escénico luego promoverá. Serás tú en tu viaje desaforado hacia los otros, tú llegando a los otros a través de las palabras y las imágenes que estas crean, tú en ese viaje desesperado de inventarte al otro a través de ti mismo, de funcionar ante los otros. En todo el aparato referencial, sensorial, de patrimonio literario en que te apoyas para defender a tu Narciso, un ser que solo se satisface en el hallazgo (la imaginación) de su hermana, en la invención de su otro lado oculto: el nocturno, el femenino, el de los pensamientos que nadie ve, el de los deseos que el marco social obliga a disimular, el de lo cívicamente incorrecto. Un Narciso del que sale la voluntad de perpetuación, de creación poética. Un Narciso que es tu única garantía de eternidad.

Por eso ensayas una y otra vez, con dedicación obsesiva, la conferencia que has de impartir. Mientras corres, mientras te duchas, mientras descubres unas manchas de sangre en la moqueta. En la lucidez de la duermevela, agonizando entre el cansancio y las ganas de seguir activo por no perder ni un instante para la creación de belleza, atas los fragmentos confusos de lo real objetivo y lo real subjetivo (¿al final no son la misma cosa?) y diseñas el arco con que te interesa disparar. Desde la soledad preparas la intervención pública con un ahínco que no le dedicas a ninguna otra cosa. La mirada y el mito. Porque sabes que la mirada de los otros conforma el mito que eres tú mismo.

Insistes en que toda la materia ensayística y narrativa que elaboras es, ante todo, teatro: cualidad de transcurrir en tres dimensiones ante los otros. Solo mostrándola, sometiéndola al escrutinio público, es capaz de significar. Lo sabes y lo manejas así. Haces tu disección íntima y con Sócrates y con todo lo demás que está dentro de ti, en esa turbina que no cesa, vas construyendo el relato desde la humildad de esa voz central que va dando cuenta de las pequeñas cosas, de los remedios para calmarse, de los estímulos para alterarse. Vas sembrando las pistas: un amante hallado por Internet, un amigo policía que en la distancia te ayuda, una caja con rastros de ti mismo, una evocación del francés desde la música... Y el relato avanza. Martilla.

La felicidad no me abandonó durante la primera parte de la lectura. No me parecía angustiosa ni temible esta historia aunque hubiera descuartizamientos (de tantos tipos). Me parecía una oda al renacimiento y a la libertad que solo el teatro permite a quien lo crea y a quien lo recibe. Me sentía feliz y levantaba los ojos hacia los átomos como si fuesen los del Tívoli por descubrir allí la sensualidad de Igor transpirado. Y en medio de la obra, de pronto, antes de que el tema de Dyango me haga llorar, allí de pronto siento un golpe en la boca del estómago, el curso cronológico del relato es interceptado por el esclarecimiento (la opacidad) que impones a la perspectiva de enunciación. Y aparece Gabriel Calderón, aunque siempre estuvo, y revisito cada momento de lo que he leído intuyéndolos a uno junto al otro, otra vez en el cruce de lo real, en lo inconfesado, otra vez en la libertad de la espiral de vasos comunicantes que te inspira siempre, Sergio, a no parar

de construir tu caja china. En la literatura, como dices, al igual que en la vida, cabe casi todo. Cabe casi toda nuestr locura por amar (¿armar?) el imposible. Por hacerlo cercano, útil, real. En las lindes de tu escritura, lista para una escena desbordante de ilusión, caben los dátiles en un roquefort mientras el Mediterráneo se transforma en un inmenso cementerio de negros y árabes. Cabe perderse entre los bosques de Liubiana y desear que el amor entre cuatro, que son dos, ocurra. Cabe sufrir por Skype los olvidos de mamá.

Aunque creo que la felicidad me acompañaba al leerle no solo por el disfrute de la historia en sí, sino porque, conociendo tu dramaturgia con la proximidad que la conozco, a través de *La ira de Narciso* veo cómo tu sistema dramático va tejiéndose y haciéndose cada vez más fuerte, cada vez más estructurado e internamente orgánico. Hay algo que empata *Kassandra*, *El salto de Darwin*, *Tebas Land*, *Ostia* y esta obra que no tiene que ver con los contenidos que desarrollan, sino con una suerte de venas que asocian unos y otros textos. Muchas serían las cosas de las que podría hablarte al respecto, muchas más serán cuando nos veamos y conversemos. Me apasiona de momento el enigma que representa esa *Kassandra* que cuenta sus mutilaciones sucesivas (su muerte) ante el público y que regresa con el viento helado para ser convertida en el ideal de una familia que terminará asesinandola, o un hijo que apuñala al padre con la misma furia que un chiquillo corta con una cuchillo eléctrico a su amante...

Quizás lo que más me conmueve de *La ira de Narciso* no es el sugestivo juego de planos escénicos, los engañosos cruces entre realidad y ficción para crear un tesoro visce-

ralmente dramático, la riqueza lingüística con que cuentas los detalles cotidianos o las acciones repetidas que curten la ansiedad de tu protagonista. Nada de eso me importa más que el eje de esta obra: lo implacable que es con todo. Que eres con todo. Con todos. En todo. En todos los niveles. En el contenido y en la forma. En la visión de Europa, del sentido de la Universidad, del sexo, de la familia, de la amistad, de la enfermedad. De una tradición que solo sirve acaso para hacerla propiedad personal y ponerla al servicio de uno mismo. Pero también de lo implacable que eres a nivel técnico de escritura y de invención, amputando una parte y cosidiéndola en otra del organismo vivo que es tu obra. Los círculos concéntricos que dibuja la piedra lanzada al estanque donde Narciso se mira, llegan aquí a una extraordinaria fijación, a un sobresalto que susurra al oído. He creído estar leyendo a Paul Auster, mi novelista favorito, mientras te leía. Pero a un Paul Auster que se arriesga mucho más porque todo su agónico mapa de relaciones va a ser puesto en escena.

Siempre has estado presente en tus textos. Siempre han estado tu dolor, tu fuga, tu libertad y tu muerte. Pero cada vez lo estás más. Cada vez lo están más. Cada vez acariacias con más ira al mamut. Cada vez eres más el costado visionario de Kassandra. Y de una forma más radical. Tanto que ni siquiera me atrevo a imaginarme hasta dónde podrás llegar. Cuando leí *Ostia* estuve a punto de decírtelo pero algo me hizo contenerme. El cuerpo tendido entre Roxana y tú es el cuerpo de Pasolini pero es tu propio cuerpo. Allí en *Ostia* esbozabas el abismo pero te resististe a hacer el paralelo completo entre el gran italiano y tú, no hiciste la superposición total: intuitivamente algo en el

relato (tengo esa impresión) te contuvo, te hizo salvarte, no recoger a aquel gigoló en el coche del alquiler, no irte al descampado... Algo te hizo evadir la proximidad biográfica entre Pasolini y tú, algo te ayudó a librarte de la muerte a través de tu escritura. Sin embargo aquí te has obligado a tocar fondo. Y si, mientras leía la obra, estaba feliz por todo lo que te he contado, ahora al terminar de escribirte estas líneas me embarga un profundo desasosiego. Es una tontería pero hay algo tan real en lo que escribes que me da miedo. Sí, es una tontería porque al final son palabras. Pero es que las palabras producen nuestra realidad. Sé que me entiendes.

Te quiero tanto. Aprendo tanto de ti. Cuidate mucho y léele, si te parece bien, este email a Gabriel, que está haciendo este hermoso viaje contigo.

Larga vida para Narciso en Uruguay. Para Narciso en el mundo.

Abel